



Universidad Internacional de La Rioja
Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades

Máster Universitario en Escritura Creativa

*Las sombras de don Torcuato: docuficción y
posmemoria del maestro de Terrasalada*

Trabajo fin de estudio presentado por	Dña. Antonia Moreno Ruiz
Tipo de trabajo:	Tipo 2: Proyecto de obra literaria
Director/a:	Dr. D. Guillermo Aguirre Martínez
Fecha:	14 de Julio de 2025

Resumen

La propuesta que se presenta como Trabajo Fin de Master (TFM en adelante), pretende indagar sobre diferentes aspectos propios de la novela de formación, la posmemoria y el subgénero de la docuficción.

La reivindicación de la memoria histórica ha originado una tendencia de posmemoria literaria que busca rehabilitar a las víctimas de un tiempo de oscuridad, tinieblas que no han sufrido las generaciones actuales, alejadas biográficamente del hecho histórico de la Guerra Civil y de la dictadura, pero que han heredado la urgencia moral de ofrecerles luz y justicia.

En ese marco de revisión histórica intergeneracional se acomodan dos subgéneros, la novela de formación (de larga tradición en la narrativa) y, más recientemente, la docuficción. Ambos subgéneros hacen posible narrativas de experiencias individuales singularizadas desde la experiencia colectiva a través de personajes que luchan contra el olvido en un país, España, en el que, explicar el pasado y dar voz a los silencios de aquellos cuyo nombre no está escrito en ningún listado heroico, acaba siendo un acto de resistencia; un país en el que cohabitan dos marcos identitarios contrapuestos: por un lado, las orillas mediterráneas, saturadas de sol y gentío y, por otro, la España vaciada, que se aletarga sin remedio y queda yerma, sin voces, sin relatos y sin memoria.

Palabras clave: Docuficción, novela de formación, *Bildungsroman*, posmemoria, España vaciada, Antonio Machado.

Índice de contenidos

1. Introducción	7
1.1. Presentación	7
1.2. Objetivos.....	8
1.2.1 Objetivo General	8
1.2.2 Objetivos Específicos	8
2. Marco teórico	9
2.1. La docuficción como subgénero literario	9
2.1.1. Definición y origen	9
2.1.2. La docuficción en la narrativa española actual	11
2.2. La posmemoria	13
2.2.1. La posmemoria en la narrativa actual española.	14
2.2.2. Ejemplos de posmemoria en la narrativa española contemporánea.	15
2.3. La novela de formación (Bildungsroman) en el contexto narrativa actual española	17
2.3.1. Ejemplos en la narrativa contemporánea española	19
3. Justificación	22
3.1 Metodología	22
3.1.1 La formulación metodológica de los personajes	23
3.1.2 Tratamiento del espacio en la narración: espacios exteriores e interiores	26
3.1.3. Tratamiento del tiempo en la narración	30
3.1.3.1 El tiempo interno: analepsis, prolepsis y elipsis.....	30
3.1.3.2. El tiempo histórico.....	32
3.1.3.3. Cronotopo.....	32
4. Desarrollo de la obra o proyecto	34
4.1. Fase inicial: documentación.....	34

4.2. Estructura de la obra.	37
4.2.1. Primera parte: argumento.....	38
4.2.2. Segunda parte: argumento.....	38
4.2.3. Tercera parte: argumento.....	39
5. Fragmento de la obra.....	40
6. Conclusiones y Prospectiva.....	76
6.1 Conclusiones.....	76
6.2 Prospectiva	77
Referencias bibliográficas	80

Índice de figuras

Figura 1. Terrasalada. Composición fotográfica. Archivo personal.....	27
Figura 2. La Segovia de Machado. Composición fotográfica. Archivo personal.....	28
Figura 3. La ruta. Composición fotográfica propia. Archivo personal.....	35
Figura 4. La España vaciada. Composición fotográfica. Archivo personal.....	36

Indice de tablas

Tabla 1. Relación de personajes.....	24
Tabla 2. Cronotopo.....	33

1. Introducción

1.1. Presentación

La narrativa pos-memorial busca revertir la privatización de la memoria trasladando al espacio público fragmentos de vida íntima y familiar que durante décadas han permanecido ocultos o despojados de sentido histórico. Para dar visibilidad a esos fragmentos, se presenta una travesía histórica que combina, por una parte, los hallazgos trágicos sobre los orígenes familiares de un maestro en la intemperie moral de la España rural de principios de siglo XX, y por otra, la exigencia de justicia sobre los hechos más descarnados que siguen pendientes en la España del siglo XXI. La indagación detectivesca se adentra en las incógnitas del pasado del maestro de la mano de uno de sus alumnos con el que ha establecido una relación de mentorización académica y personal a lo largo de los años. Con esta obra, se pretende consolidar la verosimilitud de un relato que sitúa los hechos en espacios geográficos que son reales y familiares —pueblos de Segovia y Alicante—, espacios que actúan como territorios simbólicos contrapuestos: la España del interior castellano (cuya población desaparece sin remedio) frente a la España mediterránea, que camina hacia la implosión demográfica. A la postre, dos maneras de desaparecer: la disolución del censo y la disolución de los rasgos identitarios causados por la gentrificación turística.

El hilo conductor es el proceso de reconstrucción de una identidad, una búsqueda en la que se hibrida la realidad y la fabulación, personajes novelescos con personajes históricos y hechos novelescos con hechos verídicos. Y todo ello, a través de un viaje geográfico y sentimental entre Terrasalada y Villa del Páramo que es, también, una travesía ética para reivindicar a cuantos antepasados sufrieron las consecuencias de la represión política y para romper el doloso silencio de los familiares supervivientes.

El proyecto tendría, una vez concluido, en torno a las noventa mil palabras y se puede homologar a las novelas del subgénero de la docuficción y la posmemoria, tan en boga en los últimos años, pues la docuficción se ha sustanciado como la herramienta que mejor permite el reconocimiento ejemplar del sacrificio de los millones de personas anónimas que tuvieron que resignarse a una supervivencia sumisa.

Es así, cómo la literatura, que todo lo abraza, nos ayuda a rendir tributo a quienes vivieron sin alardes ni heroicidades y sin que nadie salvaguardara sus viejos relatos. La reivindicación de la oralidad y del viejo romance o leyenda que atraviesa los siglos está presente

como estrategia narrativa gracias a la cual se nos permite oír esas voces antiguas a punto de extinguirse en el siglo XXI; voces que son fantasmas terminales de una era, el último latido de formas de vida que caminan, inexorablemente, hacia su desaparición. El texto alienta que resuenen las leyendas a la luz de la lumbre, la sordidez de la miseria y la violencia de tiempos olvidados, pero también, que se ilumine el pensamiento y el coraje de la poesía y el compromiso. No hay duelo por nada, ni por nadie. No se busca perimetrar la verdad. Sólo se intenta mostrar que el comportamiento humano no está exento de matices, que las certezas son patrimonio de la subjetividad y que la heroicidad es una palabra confusa, repleta de aristas morales.

1.2. Objetivos

1.2.1 Objetivo General

Crear una obra literaria que hibride la docuficción, la posmemoria y la novela de formación y que invite a la reflexión sobre el poder, la supervivencia y la sumisión.

1.2.2 Objetivos Específicos

Analizar estrategias narratológicas que doten de verosimilitud y coherencia todos los elementos de la narración.

Elaborar un relato que invite a la reflexión en el lector sobre la importancia del legado de la memoria en la relación profesor-alumno.

Documentar anécdotas históricas y literarias de la vida del poeta Antonio Machado durante su estancia en Segovia desde el año 1921 hasta el año 1930 y del Congreso de escritores en Valencia del año 1937.

Examinar documentos historiográficos sobre el pastoreo y las rutas comerciales de Castilla de finales del siglo XIX y principio del XX.

Reflexionar sobre la pérdida de la riqueza de la narrativa oral causado por los vacíos demográficos.

2. Marco teórico

2.1. La docuficción como subgénero literario

2.1.1. Definición y origen

La docuficción es un género híbrido que combina elementos documentales y ficcionales desdibujando las fronteras entre realidad y ficción. En la literatura, este género arranca de hechos con sustento historiográfico pero los hibrida con personajes y narrativas ficticias para reinterpretar o dramatizar escenas mediante una trama novelesca. Este artificio narrativo, que requiere un «pacto ambiguo» de verosimilitud entre el autor y el lector, permite contar «una historia real que nunca ha sucedido» (Genette, 1993, p. 70).

Cabe recordar que, Aristóteles, en su *Poética*, ya estableció la distinción entre historia y poesía, entre relato verídico y veraz, entre «esencia» y «potencia», transmutable al concepto de veracidad: lo que es y lo que puede haber sido. Esta distinción entre historia y poesía es fundamental en la *Poética* de Aristóteles pues

no corresponde al poeta decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, esto es, lo posible según la verosimilitud o la necesidad. En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (...) la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder. Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia, pues la poesía dice más bien lo general y la historia, lo particular (cap.IX, p. 14)

Tras la deconstrucción de los dogmas racionales y la descomposición del concepto de verdad absoluta como estrategia crítica, que introducen en el pensamiento posmoderno las obras de filósofos como J. Derrida (1930-2004), J. F. Lyotard (1924-1998), M. Foucault (1926-1984), G. Deleuze (1925-1995) y el propio G. Genette (1930-2018), entre otros, la docuficción encuentra acomodo en ese espacio en el que se cuestionan las narrativas tradicionales y se busca reinterpretar la realidad desde perspectivas fragmentadas y subjetivas.

En la actualidad, florecen las tendencias que liquidan el estancamiento de los géneros y se les pasa a considerar meras herramientas hermenéuticas, instrumentos flexibles que hay que reconfigurar continuamente. Son muchos los escritores que apuestan en sus obras por la hibridación y la mixtura de formatos, lo cual favorece la aparición de la docuficción como un espacio de convivencia narrativa entre la ficción y la no ficción (donde una se pone al servicio de

la otra). Por eso, las obras resultantes de la suma de verdad, ficción e historia son ficciones ambiguas que desafían la verdad objetiva y descomponen la narrativa histórica. En consecuencia, la docuficción en la narrativa actual se caracteriza por su capacidad para fusionar elementos documentales y ficcionales e hibridar la verdad histórica con la veracidad de los hechos narrados. Para conseguir ese objetivo, este subgénero utiliza estrategias que posibilitan el «pacto de ambigüedad» que, según Manuel Alberca, «genera una auténtica ‘zona de intersección’ entre lo real y lo inventado, de modo que el lector debe navegar en una ambigüedad calculada, sin certezas absolutas sobre la veracidad o ficción de lo narrado» (2007, p. 26).

Evidentemente, esta fórmula narrativa de M. Alberca sólo es posible si superamos las palabras con las que Lejeune contrapone al «pacto de ambigüedad», el «pacto de referencialidad» en la narrativa, lo cual limitaría por completo el uso de ciertos materiales narrativos en las novelas de docuficción.

Por oposición a todas las formas de ficción, la biografía y la autobiografía son textos referenciales (...) y se someten, por lo tanto, a una prueba de verificación. Su fin no es la mera verosimilitud, sino el parecido a lo real: no es el ‘efecto de realidad’, sino la imagen de lo real. Todos los textos referenciales conllevan, por tanto, lo que yo denominaría pacto referencial (Lejeune, 1994, p. 76).

Por tanto, para que funcione la hibridación entre los materiales veraces y los verídicos, es necesaria la suspensión de la incredulidad que popularizó Coleridge y que la voluntad del sujeto tolere ciertas rendijas en la realidad, con el fin de que la ficción construya una nueva verdad en la propuesta narrativa. En conclusión, ese ruido de fondo de la deconstrucción de la verdad según la filosofía y el pensamiento del postmodernismo, juega a favor de la aceptación de estas nuevas narrativas que postularon J. Derrida, J. F Lyotard y J. Baudrillard entre otros. Lo resume a la perfección J. Martínez Rubio:

La ambigüedad no solo supone la hibridez de elementos de realidad y de ficción dentro de un texto; ni tampoco supone solamente una combinación de técnicas escriturales distintas, como la mezcla de un discurso periodístico, ensayístico o novelesco. La ambigüedad presenta una estrategia narrativa referencial y ficcional al mismo tiempo, no de forma intermitente y fragmentada, sino de forma simbiótica e integral. Pero además, la hibridación nos permite aún ir

más allá: hibridación de hechos reales y ficticios e hibridación de géneros literarios jugando con la intertextualidad sin que por ello padezca el marco novelesco en el que se inserta. (2014, p. 29).

2.1.2. La docuficción en la narrativa española actual

El subgénero de la docuficción ha evolucionado en la narrativa española con gran éxito y durante las últimas décadas ha servido para explorar momentos históricos a menudo relacionados con la Guerra Civil, una suerte de posmemoria o construcción colectiva de un gran relato sobre las víctimas silenciadas por la dictadura; lo conforman escritores y escritoras espoleadas por la necesidad de los descendientes de los represaliados, ya nacidos y formados en democracia, de buscar la verdad y exigir justicia y reparación.

Entre los numerosos ejemplos que existen en la novelística española se han seleccionado aquellos que forman parte de nuestro acervo lector y han influido en la activación de los resortes de la conciencia y el compromiso con los relatos silenciados. Una de esas obras es *Enterrar a los muertos* (2005), de Ignacio Martínez Pisón, novela que mezcla datos históricos con elementos de ficción para reconstruir la vida de José Robles, un traductor de Dos Passos desaparecido durante la Guerra Civil (que ha servido para inspirar la presencia del poeta Antonio Machado en la trama durante su etapa de profesor en Segovia, como referente literario e intelectual al servicio de la democracia).

El verano de Ayer (2004), de Isaac Rosa es otro ejemplo de cómo, desde una perspectiva crítica, se cuestiona la memoria histórica y se nos ofrece una mirada más amplia sobre los hechos, alejada de dogmas y de verdades absolutas; o *Hasta que empieza a brillar*, de Andrés Neuman, sobre la vida de María Moliner, que planea desde su infancia hasta su extraordinaria labor como lexicógrafa y bibliotecaria: una obra novelada que mezcla hechos históricos con ficción y que da un paso más en la posmemoria de las mujeres silenciadas. En la “Breve nota del autor”, A. Neuman (2025) señala que *Hasta que empieza a brillar* «es una obra de ficción basada en vidas reales: investigamos para ganarnos el derecho a inventar», un certero dardo definitorio en el corazón del subgénero que suscribimos por completo.

Sin lugar a dudas, la novela *Soldados de Salamina*, de Javier Cercas (2001), es una de las obras más representativas del subgénero. En un momento de la trama, el narrador/protagonista mantiene un diálogo declarativo y contundente con su inefable amante Conchi: cuando ella le

pregunta sobre el tema de la novela que está escribiendo, él le contesta: «será una novela...solo que en vez de ser todo mentira, todo es verdad» (Cercas 2001, p. 68).

En esa breve respuesta se encierra el significado medular del subgénero, la ambigüedad y la demolición de la verdad histórica, o mejor dicho, la re-construcción de los hechos históricos mediante la ficción. Esta sustitución de la verosimilitud por la veracidad significa un asalto inusitado a nuestra historiografía, a la interpretación de la realidad política, social y familiar.

En la actualidad, esa preeminencia de la necesidad del relato terapéutico se reivindica también desde el psicoanálisis. La autora ganadora del reciente Premio de Ensayo de Anagrama, la psicóloga Lola López Mondéjar, sostiene que lo necesitamos para poder construirnos y explicarnos como individuos. En *Sin relato. Atrofia de la capacidad narrativa y crisis de la subjetividad* analiza cómo la era digital ha provocado una pérdida de la capacidad narrativa del individuo posmoderno y cómo esta pérdida de identidad lo sume en patologías psicológicas (López, 2024). En ese sentido, la primacía del relato sobre la referencialidad historiográfica en *Soldados de Salamina* permite definir dicha obra como una docuficción necesaria para rehabilitar una memoria colectiva en proceso de visibilización y reparación,,z como veremos más adelante.

Soldados de Salamina explora la Guerra Civil española y reflexiona sobre la confusa huida del escritor falangista Sánchez Mazas. Esta novela es un ejemplo de hibridación textual y arquitectura narrativa (la trama se nutre de una miscelánea de estrategias como la crónica, la entrevista, la narración oral, la carta reveladora o la investigación historiográfica) e induce a reflexionar sobre cómo el significado contemporáneo del término «verdad» camina hacia su disolución y cómo la distinción aristotélica a la que hacíamos alusión al principio (entre poesía e historia, lo verídico y lo veraz), se hace más actual que nunca. Además, justifica nuestra elección de esta obra, el uso que hace de narradores múltiples y de técnicas metaficcionales para cuestionar los límites de la realidad, así como la exploración de memorias personales y colectivas, lo que la convierte, sin duda, en una obra canónica de este subgénero tan actual.

2.2. La posmemoria

Como afirma Perassi y Trecca, «La difusión de los temas inherentes a la memoria colectiva y cultural representa uno de los ejes del debate público y académico internacional actual y ha experimentado una rápida evolución en las últimas décadas» (2019, p. 387).

La noción de posmemoria es un concepto acuñado y desarrollado por Marianne Hirsch en la década de los noventa para describir la relación que las generaciones posteriores mantienen con los traumas vividos por generaciones anteriores. En una conferencia impartida en la Universidad de Chile titulada «postmemoria: conversaciones sobre Derechos Humanos y migraciones» (Hirsch, 2018) confiesa que, en un momento específico de su carrera, descubrió su «banco de memoria».

Eso fue muy poderoso, las historias que me traspasaron a mí. Pero no poderosas sólo en cuanto historias sino también poderosas visceralmente. Yo sentía que podía sentir algo acerca de aquella experiencia que ellos vivieron y que yo no (...) Me di cuenta de que estaba recordando algo no sólo a través de la memoria sino también por la transmisión de historias, comportamientos, imágenes, no sólo en la familia, también en la cultura en grande, en una generación completa.

Aunque el origen del término posmemoria nace en los recuerdos trágicos del Holocausto nazi, se traslada al resto de narrativas y al contexto español en el que la posmemoria se ha convertido en una herramienta clave para analizar cómo se relacionan las generaciones nacidas después de la Guerra Civil con ese pasado traumático a través de relatos, imágenes y comportamientos heredados, aunque no los hayan vivido directamente. Al respecto, sostiene Sebastián Faber que

la noción de postmemoria surge a finales de los años noventa en el marco de los Estudios del Holocausto en lengua inglesa. La introducen Marianne Hirsch y James Young, ambos entrenados en los estudios literarios, para identificar la presencia temática del Holocausto en generaciones de escritores y artistas que no lo vivieron pero que se criaron en su recuerdo; un recuerdo plasmado, dentro del ámbito familiar, en imágenes y relatos pero también en silencios y tensiones entre padres e hijos (2015, p. 44).

2.2.1. La posmemoria en la narrativa actual española.

En la narrativa española actual, la docuficción se ha puesto al servicio de la posmemoria, un marco narrativo que anhela, en la distancia temporal y generacional, construir un relato colectivo, sanador y necesario, tras cincuenta años de censura y silencio a causa de la dictadura que sufrieron los españoles tras la Guerra Civil. Es un «despertar de la amnesia» (Valenzuela, 2002) que nos remite a la necesidad de una rectificación de la narrativa oficial que se hizo de la Guerra Civil durante los años de dictadura franquista y al sesgado «pacto del olvido» que implícitamente exigió una Transición democrática y que fomentó la urgencia de la indagación de los que no vivieron la guerra. En una entrevista en la revista *Olivar*, Isaac Rosa afirma que

las nuevas generaciones, los jóvenes que están mirando hacia atrás con rigor, cuestionan esa versión dulcificada. La literatura, como dije antes, no atiende a la Transición, que sigue siendo un agujero negro desde el punto de vista de los creadores. Es esperable que los jóvenes autores se interesen desde la creación y sepan desentrañar las claves de aquel tiempo. (2007, p. 118).

Algunos de esos escritores, nietos de la guerra (A. Grandes, J. Cercas, D. Chacón, I. Rosa, entre otros), que no pudieron testimoniarla en primera persona como sus abuelos literarios (C. J. Cela, C. Laforet, J. Semprún...), se rebelaron contra una narración bélica y postbélica llena de fisuras y manipulaciones para generar relatos inculpatórios, interesados, e impíos, en algunos casos, contra las víctimas de la contienda. Estos escritores se enfrentan a la necesidad de una revisión historiográfica re-construida con testimonios familiares, a la búsqueda de documentación en archivos desclasificados y en bibliografía diversa que les sirva de urdimbre en docuficciones o ficciones de la memoria y que complete el relato de la Transición democrática, realizada sin reparación hacia los cientos de miles de víctimas cuyos herederos directos fueron silenciados por la represión y la censura franquista.

Por otra parte, la posmemoria es un fenómeno literario que se sincroniza con el proyecto de ley del Gobierno de España de Memoria Histórica impulsado por el Presidente José Luis Rodríguez Zapatero en el año 2006 aunque, como advierte Isabel Cuñado (2012), la reivindicación de la memoria reparadora es un fenómeno transversal que se extiende a periodistas, literatos, historiadores y ensayistas con tal efervescencia que, incluso en el Instituto Cervantes, podemos encontrar un enlace dedicado exclusivamente a la Guerra Civil. Sin embargo, no falta quien —como Isaac Rosa— nos alerta de que, esta narrativa puede

aquejarnos de un «empacho de memoria», no tanto porque el autor cuestione la revisión histórica del relato de los vencedores, que a todas luces es necesario y causa justa, sino por el oportunismo de ciertos debates que, ajenos a la verdad y sin interés por las víctimas ni por la justicia, solo buscan revictimizar a los vencidos mediante la confrontación, tan rentable para los totalitarismos (Rosa, 2006).

2.2.2. Ejemplos de posmemoria en la narrativa española contemporánea.

La narrativa española contemporánea ha desarrollado un vínculo sustancial con el concepto de posmemoria, especialmente en su abordaje de los traumas históricos del siglo XX. Autoras como Almudena Grandes (1960-2021) reconstruyen la memoria colectiva desde una perspectiva generacional utilizando la ficción como herramienta para cuestionar los relatos hegemónicos de los vencedores de una guerra injusta, como la que provocó la insurrección de 1936 y, de paso, resignificar el uso de ciertas palabras y conceptos en la narrativa. Esta reasignación de significados lo ejemplifica la sustitución de «alzamiento nacional» por «golpe de estado»; «rojos», por «víctimas»; o «movimiento nacional» por «dictadura», entre otros. Se responde así a una revisión crítica del lenguaje heredado y a la voluntad de las nuevas generaciones de reinterpretar el pasado desde una perspectiva más ética y democrática.

La obra de Almudena Grandes ejemplifica esta práctica a través de su proyecto literario *Episodios de una guerra interminable*, que se inicia en 2010 con *Inés y la alegría*, donde combina rigor histórico con la ficción sentimental. Como señala Romero Vaquero, A. Grandes propone una «reescritura del relato oficial desde los márgenes de la historia» utilizando personajes femeninos y perspectivas olvidadas como vectores de memoria. Pero, a pesar de ser la autora más conocida en la narrativa española de posmemoria (quizá por su compromiso político y reivindicativo), no es la única. Al principio de sus «escrituras de la posmemoria», Romero Vaquero (2020) señala:

En las últimas décadas la crítica ha venido observando un creciente interés de la novelística española por la historia de nuestro siglo XX. La Guerra Civil, la dictadura franquista, el exilio y la represión a los vencidos aparecen en la narrativa de grandes autores contemporáneos como Rafael Chirbes (*La buena letra*, 1992 y *La caída de Madrid*, 2000), Javier Marías (*Tu rostro mañana*, 2002), Antonio Muñoz Molina (*La noche de los tiempos*, 2009) y José María Merino (*La*

sima, 2009), o de nuevos nombres, como Isaac Rosa (*¡Otra maldita novela sobre la Guerra Civil!*, 2007) y Berta Vías Mahou (*Los pozos de la nieve*, 2008).

En *Inés y la alegría* (2010), Almudena Grandes novela la fallida invasión del Valle de Arán en 1944 por exiliados republicanos. La autora teje una trama donde la intrahistoria familiar se entrelaza con los grandes eventos políticos y nos deja una declaración de intenciones contundente: «ellos no pudieron lograrlo, pero no estaban solos, porque nosotros estamos aquí. No lo perdieron todo, porque nosotros estamos aquí. No lucharon en vano, porque nosotros estamos aquí. Y nosotros somos la memoria de su futuro» (Grandes, 2006, como se cita en Romero Vaquero, 2020, p. 193).

Esta declaración de la escritora revela cómo funciona el mecanismo sentimental que se aloja en la posmemoria: la narración se construye como un puente entre el pasado no vivido y el presente del lector que opera en la mayoría de las novelas del subgénero mediante la recuperación documental y la ficcionalización afectiva de las relaciones humanas.

Otro autor interesante que se adentra en la posmemoria es Javier Marías, que desarrolla en *Tu rostro mañana* (2002) una reflexión metanarrativa sobre la transmisión del trauma. Su obra explora cómo la violencia política se perpetúa en las estructuras del lenguaje utilizando el motivo del espionaje como metáfora de la herencia memorial. En *Corazón tan blanco* (1992), la investigación de un secreto familiar vinculado al franquismo sirve para cuestionar los límites éticos del conocimiento intergeneracional.

Es imprescindible reconocer también a Antonio Muñoz Molina, que escribe *El jinete polaco* (1991), donde emplea fotografías y objetos cotidianos como dispositivos de activación memorial. La novela muestra cómo los hijos reconstruyen el pasado a través de archivos emocionales fragmentados. El protagonista, Manuel, personifica la angustia del heredero que debe negociar con un legado no solicitado pero ineludible. Tampoco puede faltar Dulce Chacón que, en *La voz dormida* (2002), utiliza testimonios reales de mujeres represaliadas para crear un contrapunto al relato histórico oficial y centra su enfoque en la resistencia invisible de las mujeres. En su obra, Chacón establece diálogos intertextuales con las protagonistas de Almudena Grandes, particularmente en la representación de la domesticidad como espacio de resistencia política.

En todos los autores citados se encuentran mecanismos literarios semejantes: la ficcionalización de documentos históricos, cartas, informes policiales o grabaciones (el caso de

El jinete polaco) y perspectivas generacionales múltiples como el uso de narradores infantiles o adolescentes como en *Los girasoles ciegos*, de Alberto Méndez (2004). Además, en algún caso, como en *Las trece rosas* de Jesús Ferrero (2003), hallamos cierta subversión genérica que hibrida esta novelística con la novela policíaca.

Otras novelas que obtuvieron gran éxito editorial y de similar temática son *Enterrar a los muertos* (2005), de Ignacio Martínez de Pisón, novela que, a través de la investigación y la reconstrucción literaria, recupera la memoria de las víctimas del franquismo y reflexiona sobre la transmisión del trauma y el deber de recordar; *El hijo del acordeonista* (2003) de Bernardo Atxaga, que centrada en el País Vasco, es un ejemplo de cómo la posmemoria aborda la transmisión generacional del trauma en un territorio complicado; y *Mala gente que camina* (2006), de Benjamín Prado, que aborda el robo de niños durante la dictadura. El listado es interminable y, a lo ya expuesto, solo añadiría la evidencia del *boom* literario y temático en que está inmersa la narrativa de este país, seguramente porque para eso sirve también la ficción, para sanarnos de la ira.

2.3. La novela de formación (*Bildungsroman*) en el contexto narrativa actual española

Según C. Acceto la *Bildungsroman* es un término acuñado en Alemania en 1813 por Karl von Morgensten y, aunque hay disputa en torno al origen del mismo, quien lo populariza es W. Dilthey en 1870, a partir de la aparición de un grupo de novelas cuyas tramas se centran en el desarrollo vital del personaje, su aprendizaje y su evolución psicológica, siendo la más popular *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Johann Wolfgang von Goethe (Acceto, 2024, pp. 20-24). En general, se acepta que la *Bildungsroman*, o novela de formación, es un subgénero narrativo que se centra en la evolución y el desarrollo integral del protagonista, abarcando aspectos físicos, morales, psicológicos y sociales, generalmente desde la infancia hasta la madurez. Este proceso suele estar marcado por pruebas y obstáculos que impulsan el crecimiento del personaje que suele ser presentado como un joven complejo que no encaja en su entorno y debe superar diversas adversidades para alcanzar una nueva etapa vital y una identidad propia.

El subgénero se caracteriza por su estructura lineal y cronológica, centrado en el aprendizaje y la transformación del protagonista, que aparece acompañado de personajes

secundarios que actúan como mentores, compañeros o figuras de autoridad y ponen a prueba su desarrollo. El conflicto principal suele producirse entre el individuo y la sociedad y el desenlace tradicional implica la aceptación de los valores sociales y la integración del protagonista en la comunidad, aunque en algunas variantes contemporáneas, este final puede ser más ambiguo o incluso negativo, (es el caso del protagonista de *El guardián entre el centeno*, Holden Caulfield, que vive una profunda crisis existencial, rechaza los valores sociales y su aprendizaje, lejos de ser una integración, es una alienación y desencanto).

Es cierto que, en la literatura castellana, el arranque secular del género se ha sometido a interpretaciones diversas; desde críticos que consideran que las novelas de caballerías y picarescas son antecedentes del género, como Giuseppe Grilli, que atisba rasgos de evolución caballeresca en el personaje *Tirant lo Blanc* (Grilli, 1991, p. 37), a otros como Manuel López Gallego que, aunque admite que en las novelas picarescas y en las de caballerías se reproducen esquemas narrativos de viaje, peripecias, éxito y fracaso, no se produce la transformación vital tras esa experiencia, condición *sine qua non* sobre la que se asienta el núcleo conceptual de este subgénero (López, 2014, p. 64). Sin embargo, en esta multiplicidad interpretativa de la crítica sobre el origen de la novela de formación en la literatura española, se encuentra un punto de acuerdo básico: debe darse una obligada evolución y transformación en el personaje a lo largo de su periplo vital que muestre al lector sus múltiples dimensiones.

A. Sumalla sostiene que, aunque el género no se consolidó inmediatamente, y aunque existen antecedentes en obras como *Lazarillo de Tormes* (1554), donde el proceso formativo del pícaro refleja una crítica social, el precedente universal es *Don Quijote de la Mancha*. Además, considera que *Amor y pedagogía* de Unamuno, *Sonata de Otoño* de Valle Inclán y dos novelas fronterizas con el género del *Bildungsroman*: *La voluntad*, de Azorín y *Camino de perfección* de Baroja, publicadas todas ellas en 1902, incorporan ya elementos definitivos del género (Sumalla, 2012, p. 68).

2.3.1. Ejemplos en la narrativa contemporánea española

En la narrativa española, el *Bildungsroman* ha evolucionado adaptándose a las particularidades culturales e históricas del país integrando tanto protagonistas masculinos como femeninos aunque de manera diferente pues ha servido para explorar la construcción de la identidad individual y para abordar temas sociales, políticos y de género.

Por ejemplo, Carlos J. Vadillo Buenfil destaca que, en el caso de las autoras españolas de posguerra, la novela de formación femenina adquiere matices específicos de reivindicación e identidad: las protagonistas femeninas deben enfrentarse, no solo a su propio proceso de maduración, sino también a las restricciones del sistema patriarcal, lo que añade una doble dificultad a su trayecto hacia la autonomía y la integración social. La novela de formación escrita por autoras españolas de la posguerra como Carmen Laforet (1921-2004), Ana María Matute (1925-2014) y Carmen Martín Gaité (1925-2000) se caracterizan por explorar el proceso de maduración de protagonistas femeninas en un contexto marcado por la represión franquista, la ausencia materna y la búsqueda de identidad. Estas autoras conforman una suerte de grupo literario cuyas narrativas muestran a jóvenes inconformistas que se enfrentan a un entorno social y familiar rígido, donde la educación autoritaria y la disciplina severa son la norma. A través de sus historias, estas escritoras reflejan el doloroso aprendizaje vital y la construcción de una consciencia femenina en constante tensión con las expectativas que el nacionalcatolicismo imponía a las mujeres de la posguerra. Al respecto, afirma:

La composición de una identidad femenina es el verdadero aprendizaje en las protagonistas de *bildungsromane*; todas ellas cultivan, desde sus circunstancias, el escrutinio de la realidad contigua y redirigen la mirada hacia su mismidad, requisitos para aproximarse al entendimiento de la humana condición de libertad (...) una forma de liberarse de esa autodestrucción, consideramos, es a través de la escritura, del contar la adquisición de la experiencia en cierta etapa del existir (Vadillo, 2014, p. 332).

Las autoras españolas del siglo XX y XXI han reinterpretado el género mediante cuatro ejes temáticos comunes a todas ellas: el autobiografismo, expresado en protagonistas femeninas en entornos opresivos como el personaje de Andrea, en *Nada* (1945), de C. Laforet; o la expresión artística como meta vital que encontramos en Matia, la protagonista de *Primera*

memoria (1959) de Ana M. Matute, o las relaciones familiares disfuncionales y el espacio como metáfora del encierro que construye C. Martín Gaité en *Entre visillos* (1958).

Alonso Fernández (2017) afirma que

la sensación de claustrofobia es causada por el encierro en los interiores pequeños y los balcones proporcionan un atisbo de algo más allá de este, ya que la calle suponía un espacio de liberación. Este sentimiento de atraimiento o encierro surge del hogar familiar donde la mujer desempeña el papel de ser indefenso (p. 20).

Existen otras autoras en la narrativa castellana del siglo XX y del siglo XXI en las que podemos reconocer características comunes a la asfixia femenina en sus obras como Nuria Amat (*La intimidad*, 1997) y Soledad Puértolas (*Cielo nocturno*, 1999). Ambas han actualizado el género al incorporar temas como la migración y la globalización, según afirma Sumalla Benito en su tesis doctoral «La novela de formación en la narrativa española escrita por mujeres» (2012). En este estudio, también analiza la obra de Rosa Chacel, Josefina Aldecoa, Clara Janés y Ana María Moix y demuestra que sus obras mantienen la esencia del *Bildungsroman* clásico —la formación del individuo—, aunque las protagonistas cuestionan la posibilidad de alcanzar una identidad estable en las sociedades fragmentadas a las que se enfrentan. Pero la vitalidad del género no se agota en ellas. Recientemente se ha publicado la novela de Marta Jiménez Serrano *Los nombres propios* (2021), una interesante obra escrita en segunda persona sobre el paso de la infancia a la juventud de una mujer que pertenece a un mundo nuevo, a esa generación *millennial* que abandona viejos temas finiseculares y anticipa nuevas cosmovisiones respecto a las relaciones amorosas o la libertad sexual; además, actualiza la nueva cultura de la era digital y no elude la enfermiza dependencia de las redes sociales. También denuncia que, la reciente independencia económica de la mujer, que la hace dueña de sus decisiones, así como otros avances en derechos y libertades, no acaban de instaurar una sociedad tan amable para ellas como sería esperable.

Por otro lado, como ya se ha señalado, la novela de formación (*Bildungsroman*) es un género que narra el proceso de maduración de un personaje tradicionalmente masculino desde la infancia hasta la juventud y que tiene antecedentes claros en la literatura renacentista. En la narrativa española más reciente, estos modelos masculinos han sido revisados y en ocasiones deconstruidos —según la terminología de Derrida—, hacia una nueva masculinidad que

abandona el modelo heroico y lo sustituye por un marco de introspección y viaje interior. Quizá *El árbol de la ciencia* (1911), de Pío Baroja, nos presenta al primer protagonista, Andrés Hurtado, estudiante de medicina, que viaja como un antihéroe hacia el fondo de su propia crisis existencial; viaje similar al que realiza Javier Marías en su obra *Corazón tan blanco* donde narra el proceso de maduración del protagonista, Juan Ranz, cuando se enfrenta a la complejidad de las relaciones humanas y a su propia identidad. La novela comienza: «no he querido saber pero he sabido» (Marías, 1992, p. 11), por lo que el protagonista debe asumir las consecuencias de su tránsito desde la ignorancia hasta conocer la verdad sobre un suicidio en la familia.

Otro ejemplo canónico de autor de novela de formación ya en el siglo XXI es Ignacio Martínez de Pisón en su obra *El tiempo de las mujeres* (2003), cuyo argumento gira en torno al paso de la adolescencia a la madurez de tres hermanas tras la muerte paterna; y del mismo autor, *Dientes de leche* (2008), que se vincula, además, con la posmemoria de la Guerra civil y el trauma intergeneracional de la reconstrucción de la biografía familiar durante la dictadura.

No puede faltar en este recorrido por la narrativa contemporánea de la novela de formación *París no se acaba nunca* (2003), de Vila Matas, en la que destaca la autobiografía, la ficción y los sueños y desilusiones de la juventud de un escritor en busca del éxito en sus años jóvenes.

Son numerosos los títulos y los autores con narrativas de formación pero seleccionaremos aquellos que consideramos más influyentes en la élite literaria como Luis Landero con *El guitarrista* (2002), David Trueba con *Saber perder* (2008), Javier Marías con *Los enamoramientos* (2011) y *Beatus Ille* (1986) de Muñoz Molina, que aúna elementos de misterio, memoria histórica y reflexión literaria. De Muñoz Molina es también *El jinete polaco* (1991) donde la vida del protagonista está marcada por la memoria heredada de la Guerra Civil y la posguerra. En esta obra, la posmemoria se entreteje con la novela de formación en el entorno sociológico y político que tanto influye en la narrativa española.

Por su especificidad, señalaremos dos títulos de Eduardo Mendicutti, *Los novios búlgaros* (1993) y *El palomo cojo* (1991), así como *Contra natura* (2005) y *Los delitos insignificantes* (1986), de Álvaro Pombo, porque en estas novelas de formación, los personajes se enfrentan a conflictos novedosos donde la identidad LGTBI entra en escena abiertamente y sitúa la acción y la reflexión narrativa como vía legítima de crecimiento y conocimiento personal dentro del colectivo.

3. Justificación

3.1 Metodología

Según el historiador catalán Ricard Vinyes, citado por Sebastián Faber (2020), la posmemoria otorga a las generaciones posteriores un «derecho de libertad de resignificación», permitiendo que el pasado, transmitido culturalmente pero no vivido, sea revivido y resignificado para comprender el presente. Este proceso implica, no solo recordar, sino transformar el sentido de los hechos y los términos que los designan, alejándose de la terminología impuesta por el franquismo o por los relatos oficiales.

La investigadora Violeta Ros también analiza cómo las novelas de la posmemoria, especialmente a partir del año 2000, producen nuevos significados sin romper del todo los moldes discursivos establecidos. La propuesta metodológica sostiene que la resignificación léxica es un recurso narrativo y también político: por ejemplo, al sustituir «alzamiento» (término connotado positivamente por el régimen franquista) por «golpe de estado» (término que enfatiza la ilegalidad y la violencia de la sublevación), la literatura pos-memorial contribuye a una revisión ética y social del pasado. Esta desprivatización de ciertas narrativas íntimas también afecta al lenguaje, re-significando palabras y expresiones para restituir el sentido de las historias personales dentro de la secuencia histórica colectiva (Ros, 2020).

En este contexto de narrativa pos-memorial, que busca revertir la privatización de la memoria, es donde se forja esta investigación, que pretende trasladar al espacio público fragmentos de vida íntima y familiar que durante décadas han permanecido ocultos o despojados de sentido histórico. Es entonces cuando surge la necesidad de crear una obra literaria que hibride la documentación, la posmemoria y la novela de formación y que invite a la reflexión sobre el poder y la supervivencia condicionada a la sumisión.

Para ello, se formula un relato que invite a la reflexión en el lector sobre la importancia del legado de la memoria y se elige el marco narrativo de la relación entre un profesor y su alumno. La ambientación de la trama se nutre de una investigación histórica y literaria que abarca más de un siglo de la reciente historia de España y que ha supuesto examinar documentos historiográficos sobre temas tan diversos como el pastoreo y las rutas comerciales de Castilla de finales del siglo XIX y principio del XX, o la estancia del poeta Antonio Machado en Segovia desde el año 1921 hasta el año 1930 (de la que hay testimonios directos recogidos en las actas de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce). Se ha profundizado también en

la participación del poeta Antonio Machado en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura en Valencia el año 1937.

Por otro lado, la necesidad de dotar de verosimilitud y coherencia a los personajes, al espacio y al tiempo en la ambientación de la narración nos ha llevado a indagar sobre las zonas de España que han experimentado un éxodo rural masivo en las décadas de los años 50 y 60, hecho que ha llevado a que el 90% del territorio español tenga una densidad de población muy baja (cuando no esté deshabitado). La pérdida de identidad cultural y por consiguiente, de la memoria colectiva, sólo puede salvarse dando voz a los relatos orales de los mayores y actuando como notarios ambulantes que los recopilen. Un ejemplo reciente es el del joven David Ortega, @Daviddcoba, que con más de 25.000 seguidores, recopila y difunde por *Twitter* la historia y el patrimonio que descubre escuchando a los mayores por la provincia de Soria. Como bien dice en su post de la red social X David Ortega [@Daviddcoba] (2023, enero 13): «Con 81 años a la espalda, don Eulogio es el pastor en activo más longevo de la provincia de Soria; el decano de la histórica y mermada saga de pastores sorianos. Él no lo sabe, pero yo se lo recuerdo».

Si hablamos de posmemoria, de vidas silenciadas, de olvidos sesgados y de compromisos éticos con la generación de don Eulogio, no se puede expresar mejor.

3.1.1 La formulación metodológica de los personajes

La decisión de que mentor y alumno fueran personajes protagonistas masculinos supuso un reto, pues se buscaba salir del marco del perspectivismo femenino en la narrativa de la posmemoria. Era importante que, en este caso, los protagonistas fueran hombres y que el punto de vista de la narración tuviera una focalización clara con sesgos masculinos fácilmente reconocibles. Los niños —no las niñas— son los protagonistas de los episodios de la infancia, igual que los jóvenes compañeros de su adolescencia segoviana y los amigos universitarios. Para reforzar este objetivo, todos los personajes que rodean al protagonista en los momentos narrativos clave son también, masculinos. Se elude así el perspectivismo femenino en la posmemoria (tan poderoso en las voces de las mujeres de la posguerra que libraron una doble batalla identitaria: contra el régimen y contra el patriarcado).

PERSONAJES PRINCIPALES	PERSONAJES SECUNDARIOS	PERSONAJES OCASIONALES
Don Torcuato, el maestro.	Manuel Carpio, El Buralés	Rufino, el del bar
Miguel Fuster, el alumno	La Gallega, abuela del maestro.	Don Damián, el cura jesuita.
Ana Castañeda, la historiadora	Torcuato Carpio, padre del maestro (conocido como la Mole).	El cura misógino de Terrasalada.
	Leonor, madre del maestro.	Padres de Miguel.
	Jeromo, el pastor “aedo”.	Carmen, hermana de Jeromo.
	Maribel, la cuidadora del maestro.	Niños de la escuela.
	Antonio Machado, poeta.	Dña. Paula, madre de los mellizos.
	Luis, el alcalde de Terrasalada.	El pastor Ginés.
	Don Pedro Usera, padre biológico del maestro.	Intelectuales y escritores de la generación del 27

Tabla 1. Relación de personajes. Fuente: elaboración propia

El personaje protagonista, don Torcuato Carpio, es un maestro nacido en un entorno aldeano y hostil, Villa del Páramo, Segovia, en el año 1914, que llega a Terrasalada, Alicante, a principios de los años cincuenta para ejercer la docencia en la pequeña escuela del pueblo hasta que se jubila, en el año 1989. Conocemos al personaje a lo largo de la novela mediante secuencias temporales no lineales que conforman su periplo vital: infancia, adolescencia y madurez; secuencias que explican su descontento con el mundo, su hosco carácter y esa rebeldía contenida por la represión de la dictadura que ha forjado su carácter taciturno y su visión estoica de la vida.

El maestro sale del hogar familiar siendo un niño hacia entornos desconocidos (Segovia) para estudiar el bachillerato, hecho que se convierte en un momento clave para la emancipación del protagonista al que «arrolla la guerra» como escribe Gloria Fuertes en su poema Autobiografía. El periplo vital de don Torcuato es un viaje en el que forja su destino

eligiendo el camino más inesperado, el menos heroico, ese que nunca se novela ni se considera digno en los relatos de las vidas sacrificadas elevadas a los altares literarios o cinematográficos. Don Torcuato elige la supervivencia sin batalla: se convierte en un maestro rural tranquilo, discreto, introvertido y algo huraño; elige la supervivencia que el franquismo garantizó a millones de españoles, siempre que permanecieran sumisos al régimen y con el rencor amarrado. Elige ser uno más. Renuncia al «viaje heroico» que propone Joseph Campbell en su libro *El héroe de las mil caras* (1949), al destino trágico de los héroes clásicos. El protagonista no permuta la inmortalidad de su nombre a cambio de perder la vida, porque elige vivirla. No es Héctor, ni Heracles, ni Teseo. El maestro acata su destino en Terrasalada y no espera que, en el futuro, nadie venga a comprender el porqué de su elección.

La evolución del personaje se consigue en cuatro puntos de giro significativos en la trama: la infancia desolada (con un padre violento y pendenciero que acaba con la vida de su madre), la adolescencia en Segovia (donde es alumno del poeta Antonio Machado), el paréntesis de la guerra (de la que se libra gracias a la influencia de don Pedro Usera) y, finalmente, su vida anónima y discreta en Terrasalada (donde se convierte en un «Pígmalión» para su alumno, el otro protagonista: Miguel Fuster).

El personaje de Miguel representa el contrapunto del maestro, su antagonista generacional. La novela se inicia con los recuerdos del alumno en su primer día de escuela y, mediante secuencias en contrapunto temporal, relata en primera persona la relación personal y académica con su maestro. Esta relación se mantiene hasta que don Torcuato muere y es entonces cuando, en otro punto de giro, recibe un encargo que cambiará el curso de su vida: investigar el pasado de su mentor. Al alumno Miguel Fuster lo conocemos por oposición al maestro: mientras que uno ha sufrido el impacto de la Guerra Civil española, el franquismo, el posfranquismo y la Transición, el otro ha nacido en los años sesenta, madura en democracia y pertenece a esa generación que tiene encomendada la construcción de nuevos paradigmas en el pensamiento occidental europeo. La transformación de Miguel es la de un niño que crece admirando a su maestro, que se convierte en un adulto, profesor de periodismo desarraigado, víctima de la rutina académica, desencantado y sin grandes vínculos afectivos. Por eso, en otro giro de la trama, la aparición de la historiadora Ana Castañeda es clave para su transformación vital, pues lo saca de su ensimismamiento y le regala un futuro esperanzador. La inversión de roles en el arco evolutivo de Miguel Fuster es otro hito: Ana Castañeda no es la princesa que espera a su príncipe en la atalaya, sino la mujer que lo espera al final de su viaje, la que señala

el trayecto en el mapa, la que recopila las voces antiguas de los pastores, la que redime a Miguel, por fin, de su soledad y de su escepticismo.

En definitiva, Miguel se transforma a lo largo de la obra y cierra el ciclo durante el viaje que realiza a la aldea donde nació su maestro. Y es una mujer, Ana Castañeda, quien lo guía en ese encuentro que le propone el destino; Miguel se transforma y se enriquece gracias a ella en mitad de esas geografías espirituales de la España vaciada en las que resuenan las épicas medievales y los relatos legendarios del páramo castellano.

3.1.2 Tratamiento del espacio en la narración: espacios exteriores e interiores

Dos espacios compiten en protagonismo: Terrasalada y el páramo castellano. Ambos espacios son marcos geográficos y sociales contrapuestos en la España rural. Por un lado, Terrasalada representa la feraz huerta levantina y la masificación humana, el mestizaje de culturas a consecuencia del turismo. Por otro, la soledad inhóspita del campo castellano que con tanta pasión vivieron poetas como Antonio Machado, Gerardo Diego, Dámaso Alonso o Jorge Guillen, entre otros. Para todos ellos, Castilla contiene paisajes que son un símbolo de perfección austera y resonancias espirituales. En estas atmósferas tan diferentes se encuadra la psicología de los personajes: el taciturno don Torcuato, austero e introvertido que no se ha desprendido de dos tristezas: la tragedia de la guerra y la de su propia biografía; y Miguel, un periodista que tuvo una infancia feliz en Terrasalada y maduró en el remolino libertario de la Transición española.

La narración se centra en estos dos espacios simbólicos, Terrasalada y Segovia, que actúan como dos caras de la misma moneda, dos colores espirituales de un país cuya historia se ha tejido con biografías y relatos en los márgenes, en las periferias. Así se expresa el narrador cuando aclara el porqué a Ana Castañeda le gusta investigar sobre viejas historias de la mesta castellana: «ir al grano sería dejar de lado a las personas que habitaron en los márgenes de esas historias y dejar de lado el fluir de esas vidas que fueron las verdaderas protagonistas de cuanto certifica en sus investigaciones históricas» (P. 97).

En otro pasaje, el personaje de Ana Castañeda le reprocha a Miguel con rotundidad:

Hay una parte de ti que quiere crecer y se esconde en un borde invisible del mapa. En los aluviones demográficos de Madrid y de otras grandes provincias con influencia para exigir a los políticos más atención y más derechos, no están nunca las respuestas. Las respuestas siempre

están en las periferias. En el centro está en el aluvión, pero el aluvión es el caos, el agujero gravitatorio que lo devora todo, que no devuelve la luz ni la información, una vez que se la ha tragado. Por eso, a mí me gusta investigar en la periferia, porque antes de caer al agujero, justo en ese borde donde te asomas al precipicio, está lo que me interesa (p. 129).

Terrasalada es el nombre imaginario de un espacio real, un pequeño núcleo rural del desértico sur de la provincia de Alicante. Es el lugar donde arranca la narración, el primer día de escuela del protagonista y los primeros recuerdos de su maestro. Terrasalada tiene unas huertas feraces de cítricos que sirven para ambientar la primera parte de la novela con escenas propias del oficio huertano. El padre de Miguel es agricultor y el niño quiere ser como él cuando sea mayor; y, por otro lado, el espacio natural y el clima, con las sequías y las inundaciones catastróficas, sirven para señalar giros en la acción de los personajes (por ejemplo, la heroicidad del pastor Ginés para salvar a su perro de morir ahogado, el exilio forzoso de Terrasalada de la familia de Antoñita al desaparecer su casa por el agua de la torrentera o el episodio del niño ahogado en la acequia). Todo lo que determina ancestrales formas de vida en la vega de un río seco y a la vez torrencial, aparece por contraste con la ciudad cercana, que acaba por fagocitar al pequeño pueblo y diluye sus formas de vida tradicionales.

En Terrasalada ejerce la docencia el maestro don Torcuato durante cuarenta años. Es el territorio levantino acuciado históricamente por inundaciones y torrenteras catastróficas que dejan una impronta indeleble en las generaciones. El paisaje es desértico, de resonancias africanas, con repentinas avenidas por tormentas y aguaceros. Es el hábitat del sureste y el clima traicionero con el que han aprendido a convivir sus habitantes.

Figura 1. Terrasalada. Composición fotográfica de elaboración propia. Fuente: Archivo personal



Santa Comba de Bande es la aldea de Galicia donde El Buralés descubre a una niña de la que se prenda, «La Gallega». Se la compra a su madre para que sirva de prostituta en su venta de arrieros pero acabará casándose con ella. De esta niña no sabemos el nombre, porque todos la conocen por el apodo. Es la abuela del maestro. El patrón de Santa Comba de Bande es San Torcuato. Eso explica el nombre del protagonista.

La ciudad de Segovia tiene un protagonismo especial en la novela pues allí pasa don Torcuato su adolescencia bajo el pupilaje de la pensión de doña Lirio. Durante estos años, desde 1925 hasta 1930, cursa el bachillerato en el instituto técnico donde imparte clases de francés el poeta Antonio Machado, del que es alumno. Varios episodios de la novela remiten a este tiempo, por ejemplo, en febrero de 1930, en el mitin de Machado por la II República Española. Además, se incorpora a la ficción otros espacios como la casa donde se aloja el poeta, en la actualidad, Casa Museo Antonio Machado y la plaza Capuchinos, donde se ubica la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce, cuyos fondos documentales y académicos son la mejor fuente para conocer la estancia del poeta en la ciudad así como las tradiciones, costumbres, economía e historiografía de la provincia. En dicha Academia, incorporada a la ficción, imparte conferencias y publica sus libros el personaje de la historiadora Ana Castañeda.

Figura 2. Composición fotográfica de elaboración propia. Fuente: archivo personal.



Por otro lado, prestaremos atención a los espacios interiores.

La escuela es el espacio principal y donde se inicia la novela. La escuela de Terrasalada está profundamente vinculada a la infancia del protagonista Miguel Fuster y a su mentor y maestro, Don Torcuato. La escuela es el entorno vital que, como ellos, está llena de vida e ilusiones pero, poco poco, desaparece arrollada por los nuevos tiempos y las exigencias de una burguesía afianzada que acaba escogiendo para sus hijos los colegios de la ciudad, más prestigiosos y más caros donde florece el clasismo.

La escuela se describe en la narración siguiendo el patrón de las escuelas rurales unitarias de los pueblos y aldeas de España durante los años sesenta y setenta hasta la generalización de la enseñanza pública obligatoria con la Ley 27/1964, de 29 de abril, sobre ampliación del período de escolaridad obligatoria por la que se declaraba obligatoria para todos los españoles la asistencia a cursos regulares de Centros docentes desde los seis hasta los catorce años de edad. En esa escuela se sitúa el punto de vista desde el que se narra la infancia de Miguel. La escuela es un espacio cerrado, pero a la vez, la atalaya narrativa desde la que se describe el territorio y las gentes de Terrasalada. Es un espacio en transformación constante, como la sociedad a la que da servicio. Acaba con su cierre definitivo como se puede leer en la página 61:

A pesar de las protestas, nadie en Terrasalada quiere renunciar a lo mejor para sus hijos, y lo mejor, ahora que el progreso les permite comer sin hambre y tener un armario solo para el calzado, es llevarlos al colegio de pago de la ciudad, lejos de las piojeras primaverales y del olor a humo en invierno. A pesar de la reforma, de sus fantásticas instalaciones y de la llegada de la joven maestra, la escuela se va quedando vacía, como si don Torcuato se hubiera llevado el alma de aquellas paredes y, con su marcha, una maldición se hubiera apoderado de ella. Nuevos alumnos llegan año tras año a los jesuitas con el rostro a estrenar, luciendo sus uniformes con ilusión y orgullo, como lazarillos redimidos que, por fin, han logrado arrimarse a los buenos, felices e incautos, soñando con un futuro donde nadie los recuerde como hijos del hambre.

Otros espacios interiores aparecen tan sólo de manera circunstancial para enmarcar algunas escenas como el Parador de Segovia, donde se aloja Miguel cuando llega a la ciudad; la pequeña cantina de la plaza de Villa del Páramo donde el viejo pastor, Jeromo relata la leyenda que circula sobre el final de la Venta de El Bungalés; la casa segoviana de Ana Castañeda; el bar

de Rufino, la casa de Jeromo y la casa alquilada del maestro jubilado adonde Miguel acude a visitarlo, ya enfermo, durante sus últimos años.

3.1.3. Tratamiento del tiempo en la narración

Advierte Gérard Genette (1989) de 4 tipos de narración: ulterior, anterior, simultánea e intercalada, pero es en el pasado donde ocurren la mayor parte de los hechos que se narran (p. 90-92). La novela de ambientación histórica como *El Médico* de Noah Gordon, o *Yo Claudio*, de Marguerite Yourcenar, son dos ejemplos canónicos de narración del pasado, si bien en esta ocasión, hemos de diferenciar dos estatus temporales: el tiempo interno y el tiempo histórico. El cronotopo resultante se definiría como la intersección entre el tiempo de la historia (acontecimientos a los que se hace referencia desde finales del siglo XIX hasta principios del siglo XXI) y el tiempo del relato (la modalización del tiempo de la historia a lo largo de sus tres partes).

3.1.3.1 El tiempo interno: analepsis, prolepsis y elipsis

El tiempo interno del relato discurre de dos maneras:

En la primera parte de la novela, se puede hablar de un tiempo rápido pues la acción dura varios años, incluso generaciones. Se inicia con el relato de Miguel Fuster y los recuerdos de infancia y juventud con su maestro. La narración es homodiegética, el personaje y el narrador son la misma persona y la voz subjetiva de Miguel describe sus veinticuatro años de relación con don Torcuato (como protagonista y como testigo), desde su primer día de escuela en 1965, con apenas cuatro años, hasta la muerte del maestro en 1989.

En la segunda parte de la novela, por el contrario, el tiempo interno es un tiempo lento en el que la acción apenas dura tres días, aunque sus consecuencias son tan duraderas como la vida del protagonista. Son los tres días del viaje a Segovia y Villa del Páramo, donde descubre la sórdida historia familiar de don Torcuato.

La tercera parte discurre en un presente inacabado tras una rotunda elipsis temporal de varios años que permite mostrar el final de la historia: Miguel Fuster y Ana Castañeda viven enamorados en una feliz convivencia mientras Miguel escribe, al fin, la biografía de su maestro con los hallazgos realizados. El relato dentro del relato, la novela dentro de la novela, la matrioska narrativa, un *mise en abyme* que enmarca el final de la obra.

Los mecanismos temporales utilizados para modalizar el tiempo del relato son la analepsis, la prolepsis y la elipsis. Son recursos necesarios para hilvanar los recuerdos pasados del Miguel niño con la investigación del Miguel adulto.

La analepsis es una técnica narrativa que consiste en realizar *flashbacks* o retrospectivas para explicar sucesos del pasado que ayudan a comprender la trama y ofrecer contexto a la historia de los personajes. La primera parte de la obra es una retrospectiva de los años de infancia del protagonista que sirve para entender el porqué ha de iniciar el viaje y la investigación. Sólo entendiendo el pasado, se justifican las acciones del presente y las consecuencias futuras. Pero la analepsis, en la novela, también permite que se profundice en las emociones y el retrato de los protagonistas, sus motivaciones, sus deseos, sus silencios, sus miedos y sus caracteres. Sin esos recuerdos de Miguel Fuster sobre su maestro y su infancia en la primera parte de la obra, sería imposible dar coherencia a la trama. La analepsis se mantiene como recurso narrativo durante toda la novela porque aporta ritmo y variedad, rompe la linealidad y permite vincular hechos relacionados en contextos históricos tan alejados como una venta de arrieros, pastores y comerciantes a finales del siglo XIX y la inauguración de una biblioteca pública a seiscientos kilómetros en Terrasalada, ya entrado el siglo XXI.

En esta fórmula narrativa no lineal se utiliza también la prolepsis para generar dramatismo y curiosidad. Numerosas veces el narrador-personaje dialoga con el lector y le advierte de qué y cuándo le contará más detalles sobre algún suceso.

Ocurre, por ejemplo, cuando Miguel recuerda a su amigo Manolito en las primeras páginas, pero pide comprensión al lector (porque no quiere relatar todavía su muerte): «En la segunda foto, aparece también Manolito —es pronto para hablar de él—, los tres llevamos pantalones cortos, el torso sin camiseta...» (p. 10).

En otra escena, el narrador desea generar intriga con exactas referencias temporales. Miguel afirma en la primera parte: «En lo que a mí respecta, cómo iba yo a imaginar cuánto cambiaría mi vida esa llamada de mi amigo Luis Romero Vila, alcalde de Terrasalada, el día 16 de abril, Jueves Santo del año 1992»

3.1.3.2. El tiempo histórico

Respecto al tiempo histórico, los hechos narrados abarcan desde finales del siglo XIX hasta principios del siglo XXI. Podemos dividir el tiempo histórico que enmarca la narración en cuatro momentos singulares:

El primero, a finales del siglo XIX, nos permite conocer el origen de la venta de El Burgalés situada en una encrucijada del páramo castellano, detalles sobre la ruta del comercio, las costumbres de los arrieros, los pastores, la trashumancia y el comercio de la lana. Las escrituras de compraventa están fechadas en 1850 y su aparición por sorpresa desencadena la historia.

El segundo momento histórico que enmarca los hechos es la primera mitad del siglo XX. El internado en Segovia de don Torcuato y su vínculo con el profesor Machado tiene como contexto las turbulencias de los años de la República previos a la Guerra Civil española. La narración sigue el rastro del poeta, su activismo republicano en Segovia con el episodio de la lectura del Manifiesto de la Alianza por la República en el Gran Teatro y, más tarde, en Valencia, en el II Congreso Internacional de intelectuales del año 1937.

El tercer marco histórico se refiere a los casi cuarenta años en que el maestro ejerce la docencia en Terrasalada. Son los años de la dictadura y la Transición democrática. Y son los años en que Miguel Fuster aparece en su vida para formar parte de ella hasta su muerte.

El tiempo histórico concluye en los primeros años del siglo XXI, cuando se da fin a la investigación y se llega a un final esperanzador. El viaje ha servido para conocer el pasado de don Torcuato, pero también ha sido un trayecto de aprendizaje y autoconocimiento para Miguel.

3.1.3.3. Cronotopo

En la siguiente tabla podemos comprobar los hitos narrativos y los hitos históricos que marcan los giros en la trama novelesca. En la novela se pueden rastrear casi dos siglos de la historia de España mediante una ambientación que busca ofrecer contexto para las vidas de los personajes y explicar las causas de sus acciones.

Fecha	Evento
1856	Manuel Carpio compra La venta del Olivo
1860	Manuel Carpio compra a la niña, La Gallega
1862	Nace Torcuato padre, también conocido como La Mole
1906	La Mole se casa con Leonor niña, madre de don Torcuato
1910	Don Pedro Usera le gana la venta a La Mole en una partida de cartas en presencia de los pastores.
1914	Nace don Torcuato en Villa del Páramo
1925	Don Torcuato marcha a Segovia para estudiar el bachillerato.
14 febrero 1931	Mitin de Antonio Machado por la II República en el teatro Juan Bravo, de Segovia con la presencia de su alumno don Torcuato.
4-17 julio 1937	II Congreso internacional de escritores para la defensa de la cultura en Valencia donde coinciden de nuevo el poeta Machado y don Torcuato.
1950	Don Torcuato ejerce la docencia en la escuela de Terrasalada.
1962	Nace Miguel Fuster en Terrasalada.
1966-1989	Relación alumno-maestro.
1989	Muerte de don Torcuato en Terrasalada.
1992	Escrutinio de la biblioteca del maestro y envío de la carta al Ayuntamiento de Villa del Páramo.
2010 marzo	Respuesta desde Segovia de la historiadora Ana Castañeda.
2010 Septiembre	Miguel Fuster viaja a Segovia e inicia la investigación biográfica.
2011-2015	Miguel escribe una novela sobre su maestro. Él y Ana son felices en Terrasalada.

Tabla 2. Fuente: Elaboración propia

4. Desarrollo de la obra o proyecto

El proyecto narrativo objeto de este TFM lleva muchos años de maduración y crecimiento. Comenzó siendo un relato breve, luego una novela corta y, más adelante, la investigación y la aparición de los personajes secundarios comenzaron a descubrirnos más cosas de las que teníamos previsto contar.

La idea surge de la necesidad de restaurar una identidad fracturada en silencios familiares con la búsqueda de relatos y certidumbres sin los cuales es tan difícil reconocernos. Nunca conocí a mi abuelo paterno. Mi padre tampoco. Cuando tenía tres meses, mi padre se quedó sin padre, mi abuela se quedó sin marido y mi familia se vio privada del abuelo ingeniero, oficial republicano, víctima del golpe de estado. Muchos abuelos como él quedaron varados en la historia, orillados e invisibles, sin reconocimiento, como fugaces existencias o fantasmas íntimos que, solo años después, pudieron ser escuchados a través de la ficción, ese artefacto mágico que se activa como un médium y llena la habitación de verosimilitud. Ese tiempo convulso de nuestra historia durante la guerra civil, la dictadura y la democracia conforma el marco narrativo donde transcurre la acción de los protagonistas.

Por otro lado, ha sido fundamental dedicar mi vida a la enseñanza de la literatura para reconocer la especial conexión que se establece a veces con algunos alumnos y alumnas que perdura más allá de los años. Dos profesores de literatura, que fueron claves en mi vida académica y personal, inspiraron la relación de los protagonistas, el maestro y su alumno, en la novela. Por tanto, don Torcuato Carpio y Miguel Fuster se construyen inspirados en el perfil arquetípico del mentor y el aprendiz, ambos impulsan la acción y su relación muestra a dos generaciones con responsabilidad en la difusión de la verdad histórica y en una justa reparación democrática (esa que la posmemoria narrativa ha encargado a los nietos de las víctimas)

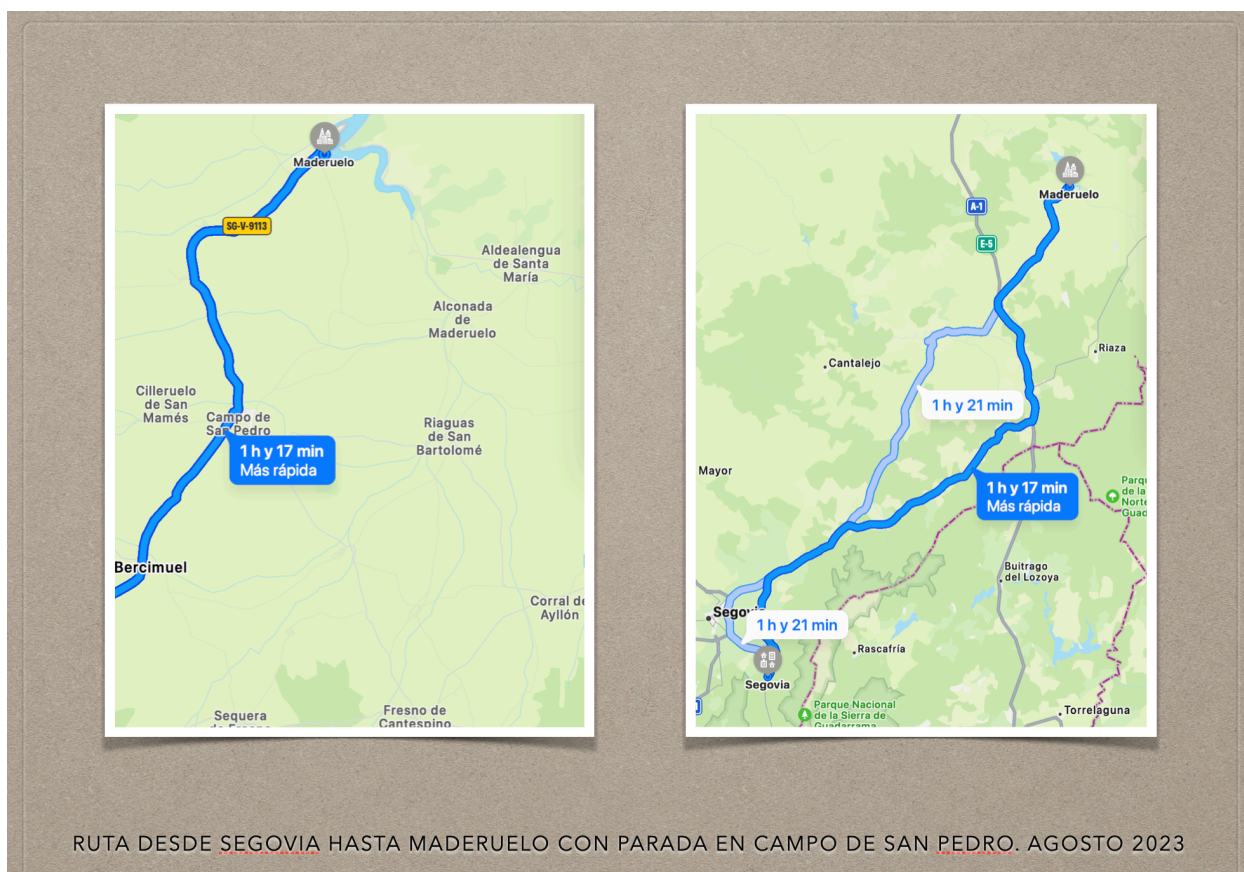
4.1. Fase inicial: documentación

La necesidad de documentar los hechos históricos que dan contexto a la trama necesitó una fase inicial de investigación y documentación que se sustanció en un viaje para encontrar el rastro biográfico del maestro, don Torcuato. A tal efecto, y a medida que avanzaba la escritura, la inmersión en la ficción histórica pedía certezas sobre los espacios y contextos en los que se desarrollaban los hechos; para ello, fue necesario documentar los espacios y los tiempos de la

novela. En agosto del año 2024, se realizó un viaje por Segovia, Maderuelo y Campo de San Pedro con el fin de que la narración tuviera el cronotopo verosímil que necesitaban los personajes para convertirlos en pasajeros de los últimos cien años de la historia de España.

La ruta se inició desde el Levante desértico de la Región de Murcia hasta Segovia, y después, hasta el territorio ficticio de Villa del Páramo, ubicado en los alrededores de Maderuelo (al norte de la provincia de Segovia) y hasta Segovia capital, reproduciendo así el viaje novelesco de los protagonistas.

Figura 3. La ruta. Composición fotográfica de elaboración propia. Archivo personal



En Maderuelo, se documentó la Ermita de la Vera Cruz en la que Ana Castañeda encuentra por casualidad las escrituras de compraventa de la finca de El Olivo, finca donde se erige la venta de El Bungalés. Se recorrieron las calles del pueblo y su plaza para recrear las viejas historias de pastores y localizar la pequeña cantina de Jeromo y Carmen, donde se ambienta el relato oral del pastor Jeromo sobre la historia trágica de la familia del maestro. Allí

se puede comprobar que el territorio actúa como símbolo de la desolación, del olvido, del vacío; territorio en los márgenes difusos de la historia, pues ya no tiene parte en ella.

Figura 4. La España vaciada. Composición fotográfica de elaboración propia. Fuente: archivo personal.



En la ciudad de Segovia, se visitó la Casa-Museo del poeta Antonio Machado, antes pensión de doña Luisa Torrego, situada a medio camino entre el Alcázar y la plaza Mayor, escondida en el número 5 de la calle de los Desamparados, donde se alojó el poeta don Antonio Machado mientras ejerció la docencia en el instituto técnico; allí impartió clases de francés a don Torcuato.

En la Casa-Museo se expone una fotografía del poeta con sus alumnos del año 1921 que sirve en la novela como punto de giro cuando Miguel Fuster averigua que uno de esos niños retratados es su maestro don Torcuato.

La investigación se completó con la búsqueda de información sobre otros hechos históricos para ambientar la trama y se consultaron documentos académicos, conferencias,

revistas conmemorativas y fondos de instituciones (sobre todo, publicaciones de La Real Academia de Historia y Arte de San Quirce), imprescindible para documentar la presencia del profesor don Antonio Machado en la ciudad desde 1921 hasta 1930; documentos que fueron de gran ayuda para conocer detalles sobre la docencia del poeta en Segovia y las personas con las que se relacionó entre 1921 y 1930, así como el contexto social y económico del comercio castellano de lana y ganadería de finales del siglo XIX. El fondo histórico de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce ha aportado testimonios directos de coetáneos de Machado, artículos, exposiciones, enlaces, etc. También ofrece acceso a la revista *Estudios Segovianos* para documentación sobre el comercio y las costumbres de Segovia en el siglo XIX y principios del XX.

4.2. Estructura de la obra.

La obra se desarrolla mediante secuencias no lineales que actúan como escenas independientes y que alternan tiempos y espacios para que el lector vaya construyendo un relato a medida que avanza la lectura. De esta manera, el lector adopta una participación activa para identificar y reconstruir las diferentes capas de la narración y sus relaciones. Por ejemplo, para superponer tiempo y espacios, yuxtaposición de hasta tres niveles de ficción (*mise en abyme*) como la que observamos en la secuencia del relato oral del pastor Jeromo (que narra a Miguel una historia que le fue narrada por su abuelo y, a su vez, nos es narrada a nosotros, los lectores), sobre la tragedia ocurrida un siglo antes en La Venta de El Buralés.

Secuencia tras secuencia, el lector encaja los hechos que dan sentido a la trama de la relación entre el maestro y el alumno, biografías que se explican desde la perspectiva histórica de dos siglos. (Sin embargo, la estructura fragmentada del relato marca cierta diferencia con los *Bildungsroman* clásicos, pues combina diferentes perspectivas narrativas y el lector escucha la historia desde voces diferentes).

La obra se divide en tres partes, y cada una de ellas, en secuencias correlativas de extensión similar (entre tres y cinco páginas).

4.2.1. Primera parte: argumento

Recoge las memorias en primera persona del niño Miguel Fuster desde el primer día de escuela y la relación mentor-discípulo con su maestro don Torcuato, una relación de afecto y tutela académica que anima el espíritu despierto del niño, que busca el contagio de su amor por la literatura, la poesía y que, ya adulto, lo hace partícipe de sus confidencias y heredero de su legado. En la primera parte, tenemos un relato evocador que, de manera fragmentaria, nos presenta diversas secuencias de la niñez y del entorno tribal donde madura el protagonista. Don Torcuato aparece en cada una de ellas, o bien como testigo (en el entierro de Manolito, por ejemplo), o bien como protagonista (en la pelea con doña Fina, la madre de los gemelos). Es una figura que, no sólo mentoriza al niño Miguel, sino también a la mayoría de los habitantes de Terrasalada. En esta primera parte se nos informa que el maestro ha muerto y Miguel evoca los recuerdos de su tarea docente y sus vínculos con el pueblo. A requerimiento de su amigo Luis, ahora alcalde, escribe una carta al Ayuntamiento de Villa del Páramo interesándose por si queda algún familiar del difunto, pero pasan los años y no recibe respuesta.

4.2.2. Segunda parte: argumento

Siete años después, Miguel recibe un mail de una desconocida Ana Castañeda. Entonces inicia el viaje para averiguar qué información puede ofrecerle esa historiadora que ha contactado con él, una investigadora de las rutas del pastoreo y el comercio de lana de fines del siglo XIX. Ana actúa de *Cicerone* y su encuentro termina con un acercamiento sentimental tras pasar varios días juntos siguiendo el rastro y escuchando testimonios de los antepasados de don Torcuato. Miguel descubre un trágico pasado y escucha el relato de un sórdido episodio que justifica el carácter taciturno del maestro y sus silencios. Pero cada respuesta que obtiene, abre nuevos interrogantes. Esta parte se cierra con la muerte repentina de Maribel, la mujer que cuidó al maestro en sus últimos años y la aparición de un cuaderno del maestro con una nota para que sea entregado a Miguel.

4.2.3. Tercera parte: argumento

Tras una elipsis temporal de varios años, Miguel y Ana ya viven juntos en Terrasalada y son una pareja cómplice y feliz. El protagonista de la novela ahora es el diario del maestro. Ahora habla don Torcuato. El diario replica sus palabras y sus pensamientos y nos limitamos a escucharlo. En su diario se encuentran los hechos silenciados, su periplo en la guerra, la verdad y la fantasía sobre los hechos que le contaba a Miguel, sobre su pupilaje en Segovia, su experiencia como alumno de Antonio Machado, los episodios con otros poetas de la Generación del 27 en plena Guerra civil, la explicación a su inusitada ira cuando se tocaban ciertos temas sobre los represaliados, y al final, la estupefacción de Ana y Miguel ante el descubrimiento de la tibieza sospechosa de don Torcuato durante la contienda por la que se desdibuja la dualidad héroe-víctima, tal como se concibe habitualmente.

La novela tiene un final positivo tras ese viaje de transformación. Quedan resueltas las circunstancias que justifican el aislamiento del maestro don Torcuato y, en ese viaje, Miguel encuentra el amor junto a Ana Castañeda. En otras palabras, inicia el viaje en busca de un pasado y encuentra a la mujer que habitará su futuro.

La conclusión es que, en el corazón humano hay zonas grises, tanto en el campo de batalla como en el tiempo de silencio posterior. Biografías como la de don Torcuato obligan al lector a resignificar eso que llaman cobardía o delación cuando a veces, vivir agazapado, como hicieron millones de españoles, solo es miedo y supervivencia. Pero la vida siempre empuja hacia hallazgos felices que nos redimen de la derrota.

5. Fragmento de la obra

«Cuando veo por vez primera a don Torcuato veo a un hombre a la antigua, triste y desamparado aunque no sé nada de la tristeza porque sólo soy un niño y los niños no saben leer los secretos en los rostros, no distinguen el miedo del respeto, ni imaginan lo que puede significar un maestro en su vida. Los niños solo husmean el peligro como los animalillos del bosque cuando cruje la hojarasca y corren hacia el futuro para hacerse hombres y perderle el miedo al tiempo, hasta que se les acaba.

Mi nombre es Miguel Fuster, hijo de Angel, y de mi madre, cuyo nombre es mamá porque nunca tuvo otro papel en cuantos recuerdos me dispongo a narrarles, hecho injusto sin duda pero irremediable, porque si en otro tiempo y en otro lugar hubiera sido reina o diosa, se conformó con ser pasajera de su tiempo en Terrasalada, un territorio somnoliento, un lienzo exhausto por olvido.

Pero comencemos por el principio. Solo así podré encajar las piezas, entender al hombre y comprenderme a mí mismo y hallar la explicación, si la hubiere a los giros que el destino nos reserva. Don Torcuato ha pasado con nosotros la mayor parte de su vida, pero mi madre siempre me recuerda que es un forastero. En los pueblos sabemos lo que eso significa, por ejemplo, que los forasteros se merecen un respeto y que es de mala educación hacerles ciertas preguntas, por ejemplo, si está casado, si tiene familia en algún lugar lejos de Terrasalada, cuánto gana, o por qué ha elegido ser maestro en nuestra escuela entre las miles de escuelas que existen, por qué aquí, en este territorio orillado en el mapa donde nunca pasa nada —hasta que pasa— y entonces nos quedamos estupefactos, porque no contamos con que el planeta gira y a veces las tragedias son relatos que nos contienen como a personajes incrédulos. No sabemos por qué nos eligió, con la de ciudades y pueblos más convenientes y a su seguro alcance fuera de esta planicie cuarteada, para mitigar ese aburrimiento de su existencia. O quizá quería enterrarse en vida; muchos lo hacen cuando les golpea una desgracia como la muerte, o la ruina, al menos eso dicen los mayores, porque los niños no tenemos hipótesis respecto a las vidas ajenas ni sabemos interpretar las conjeturas. Como ya estoy advertido de que la curiosidad es una inclinación perniciosa propia de fisgones y desocupados, acato la ignorancia de acuerdo a los modales y a los codazos de mi madre cuando pregunto en exceso, y me

conformo con saber lo que él decide compartir conmigo, que es poco, espaciado en el tiempo y de escasa sustancia.

Este es el punto de partida. Han de pasar muchos años para que las preguntas se acomoden a la confianza y al cariño que le profeso y mi curiosidad sea satisfecha con confidencias que van tejiendo una complicidad inexplicable entre nosotros. Vivo asumiendo que los forasteros son una incógnita incómoda cuando llegan al pueblo, son sospechosos de algo y que los primeros días son sometidos a la vigilancia taimada de los habitantes de Terrasalada hasta que encuentran algún motivo que justifique su presencia. Al cabo de unas semanas de convivir con él, les basta con saber que don Torcuato es el maestro y su rostro serio, su caminar pausado y su voz noble, acorde a su corpulencia, lo certifican como un hombre bueno. Los vecinos de Terrasalada lo respetan y lo quieren aunque no conozcan su familia ni él arrastre un apodo que lo libre de una sutil desconfianza. Nada cambia ese hecho, ni con él, ni con nadie.

Mi madre dice que no importa de donde seamos, que en realidad nadie es de ningún sitio, pero que si te empeñas en buscar patria, uno es del pueblo donde entierra a sus muertos, adonde lleves las flores el día de Todos los Santos, dice, convencida de que hay pocas verdades en este mundo y esta es una de ellas. Luego añade que en la actualidad casi nadie es de ningún sitio y con los años comprendo el porqué no me perdona que, el día de Todos los Santos, llueva, truene o el viento derrumbe las tapias, no la acompañe al cementerio para visitar las cinco lápidas en las que tenemos que hacer las paradas florales: la de mis abuelos, que murieron de viejos cuando ambos tenían menos de sesenta años; las de su tía Eulalia, que murió soltera y entera, pero que era su madrina y eso obliga como si fuera una segunda madre; la de Eustaquio, un vecino al que echa mucho de menos porque era un buen hombre, afable y generoso con todos y tuvo un mal final aunque nunca me explica en qué consiste tener un mal final, como si alguno fuera bueno; y la de su hermano mayor, Ismael, muerto en un confuso accidente cuando era un chaval de dieciséis años, robó una escopeta de caza y apareció en la cara norte de la sierra con un tiro en la espalda y dos liebres al cinto. Delante de su lápida, mi madre nunca dice nada ni hace ningún gesto que me permita conocer más detalles. Al contrario, cuando siento curiosidad, noto cómo en irrumpe en mi pecho ese instinto de supervivencia que nos alerta de un peligro en el bosque y que permanezcamos quietos y callados entre la maleza. Por eso, no digo nada, resisto a su vera, inmóvil, y miro con ella la piedra de granito negro sudáfrica y la foto turbia de un muchacho desconocido sellada en un óvalo que rocía con limpiacristales y abrillanta con el trapo que saca de una bolsa. Luego coloca en el embudo lateral la media

docena de claveles rojos que ha comprado en el kiosko de flores de la entrada, se santigua y avanzamos hasta la siguiente estación adonde nos aguardan el resto de cadáveres queridos.

Sabemos que don Torcuato ha nacido en algún lugar del norte de la península. Lo demuestra su exquisito castellano y su obsesión por acabar con nuestro acento huertano. Dice que mastico el aire, que si no mejoro pareceré un paleta y su insistencia en redimir mi fonética es incansable.

—Azúcar, no asúcar,— corrijo a mi madre y le enseño cómo muerdo un poco la puntita de la lengua mientras el aire sale sin prisa. Pero ella se agacha hasta colocar sus ojos a la altura de los míos.

—A mí nadie me dice cómo tengo que hablar—me advierte.

Pero me engaña, porque ella sesea solo a veces, cuando le conviene, pues en su boca manda ella y en su acento, también. Cuando tía Amparo la visita y se sientan en el porche a tomar café, parlotean en una especie de dialecto lleno de vocablos confusos, en un dialecto ruidoso y sin ritmo, a trompicones, sin textura. Pero si viene el repartidor desde la ciudad, entonces mi madre pronuncia cada palabra sin hacer mella en ninguna, no se le cae ninguna sílaba, su dicción es una melodía, tiene cuidado de abrir los labios y enseñar la puntita de la lengua entre los dientes para pedirle dos kilos de azúcar y modula el aire con elegancia, porque hablar fino es algo que hay que tomarse en serio con los de fuera. Entonces me parece una reina. Siempre se pone de parte de don Torcuato porque valora mucho su empeño en mejorar mi habla. Es una mujer cabal y de orden, como se dice de las personas serias y religiosas en Terrasalada, no como mi padre, al que le gusta bromear, blasfemar y burlarse de los contratiempos, porque no permite que nada en esta vida le robe el ánimo. De él recuerdo muy poco, porque mi padre es como dios, invisible y omnisciente, quizá como todos los padres. No necesita preguntar nada para saberlo todo porque él y yo casi nunca hablamos, sin embargo, adivina todos mis pensamientos, conoce mis actos y presiente mis fracasos.

En Septiembre del año 1964 yo solo soy un niño invisible que colecciona recuerdos y escenas atesorados en el caos sensorial de mi infancia, un niño feliz, porque aún no necesito que el mundo sea inteligible, ni conocer la causa del desasosiego. Esas necesidades son trampas del tiempo, preguntas sin respuesta de los adultos que solo conducen al desaliento, y a mí, me faltan muchos años para convertirme en uno de ellos.

El maestro me reconoce el primer día de escuela.

— Tú eres Miguelito—levanta mi barbilla con su índice para verme mejor— El hijo de Ángel Fuster—. Luego me revisa de arriba abajo y me aparta a un lado con una cariñosa colleja para que deje paso al siguiente. A mí, la colleja me parece una agresión incomprensible porque todavía no estoy entrenado en las sutilezas de los gestos ambiguos y algunos solo tienen significado si proceden de mis padres.

Mi padre me las arrea a diario pero su significado es indubitable según el contexto, las interpreto en los matices de su mirada, si es ceñuda o limpia, en el tono de su voz, si es áspera o cantarina, o en el movimiento de las manos, que lo mismo sirven para hacerme creer que va a desenfundar un arma o que solo va a rascarme la nuca. Y si tengo dudas, basta con vigilar la sonrisa o la tristeza en el rostro de mi madre mientras asiente o niega con la cabeza.

Así de confuso me siento el primer día que me enfrento a mi maestro, porque en la colleja de mis padres cabe el reproche y el ánimo, el saludo y el adiós, el agradecimiento y la demanda, pero en ese fugaz golpe de don Torcuato no reconozco la intención. Esa colleja quizá fuera la unción mediante la que nos declara caballeros de su ejército, aunque visto el grupo de niños que nos amontonamos en la entrada de la escuela, algunos con la cara llena de migas, sin lavar, otros con la costra de leche seca alrededor de la boca, el pelo revuelto y más de uno con un enjambre de piojos esperando la reconquista, es más acertado decir que quedamos investidos como soldadesca de una mesnada indisciplinada y polvorienta.

Una vez que ocupamos nuestros pupitres me pregunta si me sé el abecedario. Siento mucha vergüenza de que se dirija a mí y no a otro de mi pandilla, a Manolito por ejemplo, a Luisito, a los gemelos Ernestito y Fernandito o a Antoñita que es la más lista y ¿qué niño olvida la primera vez que lo avergüenzan? Mi madre me consuela y lo disculpa, porque me niego a volver a la escuela nunca más pero me asegura que es un buen hombre y lo hace sin intención. El maestro nos aterroriza sin saberlo y eso es parte del problema. Durante muchos meses su trato se me antoja hostil. No sé de qué habla cuando se dirige a nosotros desde lo alto de una tarima de madera roñosa que cruje por unos intersticios que imagino lleno de bichos, y nos pregunta uno por uno si conocemos las letras, los números, las capitales, las montañas, los ríos o los presidentes de los países del mundo. No sé a qué se refiere, ni siquiera sé lo que son países, solo sé que se burla de mi ignorancia y que quiero escapar de ese encierro diario, y no volver nunca más hasta que crezca y sea fuerte y pueda enfrentarme a él y tirarlo de esa atalaya a la que se sube para exigirnos silencio y compostura con voz de trueno.

—Me sé el credo entero— le digo un día para salir de su emboscada.

El maestro suelta una carcajada que me asusta todavía más y entonces me levanto y huyo dando un portazo porque quiero tirarle una piedra a la cabeza, pero no tengo piedra, ni valor, ni otra cosa que un futuro perezoso para aprender a defenderme de la crueldad de los hombres bondadosos. Y aunque balbuceo mi rabia con insultos huertanos proferidos entre balbuceos y lágrimas, don Torcuato no sale en mi busca, ni se altera por mis modales, ni se muestra irascible o molesto por mi conducta y no sé si entiende lo que escupo por mi boca porque no habla como yo, como nosotros.

El primer día de escuela me llama la atención que don Torcuato habla sin prisa, con buena letra, por decirlo de algún modo, y eso para mí es fascinante, una señal ajena de elegancia o inteligencia extraña a la algarabía confusa de los mercados. El maestro habla como los de la radio, como los turistas que paran a comer en el restaurante de Rufino que hay a la entrada del pueblo junto a la Nacional-332, como los camioneros que bajan de Cataluña camino de Almería, y como el cura don Tomás, otro forastero que tampoco pone flores en las tumbas en Terrasalada porque solo las visita para enterrar a otros. El maestro saca el aire desde el pecho, paladea el ritmo de las sílabas y a mí, esa hondura me parece solemne. No sé de dónde viene, ni me importa, ¿qué añade a mi pequeño cosmos desordenado el saberlo? Soy un niño y los niños no leemos los presagios de las preguntas sin respuesta.

En septiembre, las tardes son lisas y monótonas. Don Torcuato levita con los ojos entornados. El calor se apodera de nosotros y nadie habla en el aula; no tenemos ganas ni fuerzas para movernos ni molestar al de al lado. La tarde es una pereza de horas y paredes desconchadas en las que se acumula el olor a sudor y leche agria. En Terrasalada aprendes pronto que no puedes faltarle el respeto a la siesta, porque esa modorra que se apodera de ti y te hunde en la inconsciencia es una forma de supervivencia. Me pregunto si ese olor de paredes antiguas que tengo sellado en la piel y almacenado como un tatuaje sensorial es el mismo para cada uno de nosotros porque a pesar de los años, sigue ahí, latente, en ese rincón de la memoria destinado a guardar aromas, melodías e intangibles melancolías.

Pequeñas bolitas de papel cruzan como bólidos el aire aprovechando las cabezadas del maestro. Aprendemos que es mejor estar quieto, respirar despacio y seguir atentos el reguero de las gotas de sudor que bajan por nuestro costado. El maestro nos deja hacer mientras no lo molestemos. Nos ordena leer o dibujar, dibujo libre, aclara, antes de que le hagamos más preguntas.

Don Torcuato es un ser agotado del que sabemos que está vivo porque los muertos no roncan. «Está haciéndose mayor», lo justifica mi madre cuando le cuento que me aburro en la escuela, pero luego murmura bajito para que solo la escuche su despecho “ese hombre nunca fue joven”. Nuestras burlas son impías, lo reconozco. Mientras dormita le hacemos gestos obscenos, imitamos su boca entreabierta de la que sale a veces un hilillo de saliva que nos provoca arcadas histriónicas, o colocamos chicharras secas junto a sus brazos para que se espante cuando abra los ojos y encuentre un bicho asqueroso de alas transparentes, encima de sus hojas. ¡Qué le vamos a hacer, si sólo somos niños sin modales, pequeños gnomos de veredas sucias!

De cuando en cuando, el maestro levanta un poco la nariz y nos mira con su ojo de camaleón viejo, nos chista y alarga el sueño un poco más, pero antes, le da unas vueltas al mundo que tiene sobre la mesa, él lo llama un planeta, un planeta grande y azul, lleno de mares e islas que hace girar distraídamente un par de veces al día cuando quiere mandarnos una señal convenida de amenaza porque que está a punto de saltar sobre alguno de nosotros. Ocurre que, mientras leemos, se queda un poco embobado en alguna parte de esa gran bola como si soñara despierto y luego nos mira como si fuésemos culpables de algo. Sin venir a cuento, nos describe los desiertos africanos, nos hace pasar uno a uno por su mesa para mostrarnos los contornos de ese continente y explicarnos por qué el Sáhara es amarillo y naranja o rojo, nunca verde ni blanco, nos habla de los lémures, los zorros voladores y los camaleones de la gran Madagascar, o de las tierras lejanas y paisajes lunares de Tasmania, como si él hubiera viajado hasta allí disfrazado de aventurero o de explorador aguerrido. Lo cuenta con tal convicción que sus gestos reproducen vívidos episodios de safaris, amenazas volcánicas, terremotos catastróficos, tormentas marinas y tifones en el mar de China, como cuando lo cruzó Marco Polo. Cuando nos habla de Marco Polo, de sus viajes y sus descubrimientos, se nos mete en cuerpo una idea fabulosa y heroica que envolvemos para hacerla realidad en el futuro y la guardamos en nuestro corazón. Me cuesta imaginármelo así, cargado de mochila, brújula y mapas expertos, porque hay algo en él, la señal huidiza e intuitiva de la farsa, que nos deja claro que jamás ha estado en esos lugares tan lejanos y que, de hecho, hace miles de años que no se ha movido ni de Terrasalada, ni de su ensimismamiento. Los niños copiamos de la pizarra el listado de animales que el maestro ha escrito con su letra redonda y adiestrada: el camaleón pantera, el gorgojo, la jirafa, el porro, el malgache y el gueko cola de hoja satánico, que «es una especie de camaleón de cuerpo arqueado al que le gusta ocultarse en el follaje» explica.

Una tarde trae un póster enorme del bicho y lo clava con chinchetas en el panel de corcho de la pared. Se lamenta de que en el Sáhara no haya animales, ni plantas, ni agua; solo dunas, como las de la playa del Espino adonde vamos en verano a pasar el día bajo la sombra de la pinada con nuestras familias y las familias de los amigos de nuestros padres, y mientras ellos preparan paellas y ristras de embutido a la brasa, nosotros nos rebozamos en la arena o jugamos con las olas hasta que el agua del mar nos quita la roña de los tobillos. El maestro promete que otro día traerá un póster de África con fotos de leones y hienas, y otro con canguros de Australia, pero sentencia que ninguno de nosotros los verá nunca de frente porque para eso habría que caminar durante miles de días, navegar otros tantos y no perecer en tan peligroso intento. Y así nos deja, varados en una decepción profunda y conscientes de lo reducidas que iban a ser nuestras expectativas en la vida.

Cuando Luis me llamó, le recordé que hacía años que no hablábamos y que, desde que era alcalde, nos habíamos distanciado aunque ambos sabíamos que mi reproche era una pose porque, en nuestro caso, el tiempo era un aliado inexpugnable.

Luis y yo habíamos compartido escuela, juegos, y familia, y de niños, nos retábamos a ver quién meaba más lejos, incontestable hecho que afianza la amistad masculina. De él, aprendí a descuartizar chicharras, cazar gatos vagabundos para atarles latas en la cola y otras crueldades que, en la actualidad, nos llevarían a un correccional. Pero entonces no existían las protectoras, sólo las viejas de la esquina del Pino, que se sentaban a la fresca y ponían el grito en el cielo recriminando nuestra barbarie. Las viejas eran una eficaz brigada de reeducación y, aunque de ellas también nos mofábamos, al llegar a casa, el servicio de información y acusación había hecho su trabajo. Al menos en lo que a mi respecta. Bastaba con que mi madre me preguntara, afirmando, si venía de estar con Luisito, y luego, que fuera la última vez que las viejas le contaban lo que le habían contado. Aunque nunca entraba en detalles. No hacía falta.

Cierto es que Luis y yo ya no teníamos casi nada en común, ni dios, ni rey, ni aficiones. Él practicaba varios deportes, escalada, natación y le gustaba salir en la galería de imágenes del diario corriendo la media maratón como el alcalde ejemplar que era. Yo, apenas salía a pasear más allá de las cuatro calles del barrio y aprovechaba para hacer algo de compra y volver al abrigo de mi rutina. Por supuesto, no tenía tiempo de ir al gimnasio y mi mejor amiga se llamaba pereza. El se dejaba caer por misa de vez en cuando, yo solo pisaba los templos cuando

hacía turismo, y me daba igual el dios o el monje que lo habitaba. Y él era de los que justificaban la monarquía con el falso argumento de que era una institución más barata que el régimen presidencial y que, en general, daban menos trabajo. Esto último, quizá sea cierto, pero en resumidas cuentas, nada que ver conmigo. Seamos sinceros, mentiría si dijera que a Luis, cualquier dios, el rey o los fundamentos ideológicos de la derecha a la que representaba le importaban algo. No valía la pena entrar a debatir con él sobre estos asuntos porque en el fondo le daban lo mismo y, sin darte la razón, cuando veía que el grupo de amigos se enzarzaba en alguna discusión política o religiosa, él se apartaba de los unos y de los otros, pedía otra ronda de “lo mismo” para todos y cambiaba de tema. Parecía que no tuviera opinión crítica sobre casi nada, y exhibía su ausencia de academicismo como un valor que lo situara al mismo nivel y en el mismo campo de juego que sus vecinos, que para eso los representaba. «Si juegas al ajedrez con tu vecino y eres el alcalde, tienes que dejar que te gane», me dijo el día en que se dejó ganar por un adolescente en un campeonato escolar cuando le reproché su paternalismo. «No le quitaré la ilusión a un chaval de presumir de haberle ganado al alcalde», me contestó, y seguro que tenía razón, vista su exitosa trayectoria. Pero éramos adultos y llevábamos tanto tiempo sin vernos que nuestras diferencias importaban muy poco. Nos unía algo de más valor, intangible y poderoso, una infancia sin escapatoria, las mismas puertas donde refugiarnos, los mismos juegos, el mismo aroma de las pastelerías, el seseo impertinente, el olor de los huertos, la amistad de nuestras familias, el mismo toque de campanas al amanecer anunciando la misa del alba o los toques moribundos del entierro; pero sobre todo, la misma escuela y el mismo maestro.

Guardo diez imágenes de los momentos más inolvidables de mi infancia, diez fotos en blanco y negro desgastadas. Sólo diez. En tres de ellas aparezco con Luis. En la primera, con un Luisito, desgarbado, flaco, con los ojos ocultos tras las greñas, el pelo lleno de tierra y un vendaje en la rodilla izquierda, junto al pozo de mi patio. Estamos sonriendo y, en la parte trasera, reconozco la caligrafía de mi madre, Terrasalada, junio 1967. No recuerdo quién la hizo, ni que motivo hubo para ese posado tan indiferente, sin efeméride. En la segunda, aparece también Manolito —es pronto para hablar de él—, los tres llevamos pantalones cortos, el torso sin camiseta, y en la mano, una caña de pescar que solo sirve para jugar. La ha fabricado mi padre con un pedazo de vara del cañizal al que ha acoplado un sedal viejo, para que no molestemos cuando nos lleva al río. En el anverso de la cartulina, escrito a lápiz con una caligrafía temblorosa y puntiaguda que no reconozco, «Molino del Azud, 1968». La última foto

yace olvidada en el fondo de la caja de lata donde almaceno el blanco y negro de mi infancia: es domingo de Ramos, a la salida de misa, los tres llevamos una palma blanca trenzada con caramelitos de colores anudados como farolillos. No sé quién la hizo. Posamos con nuestras madres que son figuras que refulgen limpias y elegantes en la puerta de la iglesia, en un luminoso día al que no se le puede pedir más felicidad. La foto va firmada en el lateral inferior derecho, «Fotos Saborit, 1965» y esa copia es la única que se pagó. Sé que Luis no posee esas fotos porque donde hay muchos hijos, no hay tiempo para otras cosas y, entre unos y otros, los recuerdos se guardan solos.

Anclado en esa indestructible amistad que forja la infancia, Luis sabía que podía contar conmigo a pesar de los años transcurridos. Además, era alcalde, y también por eso, descolgó el teléfono sin miedo a enfrentarse con los años de ausencia.

— ¿A quién voy a llamar Miguel?—dijo— ya me contarás quién mejor que tú.

Luis me habló con desparpajo, como si hubiésemos estado juntos la tarde anterior, como si hablara con el pequeño Miguel de antaño con el que se perdió aquella noche en los huertos persiguiendo gatos hasta que nos encontraron al amanecer, muertos de frío y cogidos de la mano bajo una higuera salvaje llena de higos agusanados, llorosos y encogidos por ley frío y el miedo a la que se nos venía encima. Nunca he olvidado los dos bofetones que me propinó mi madre y el disgusto que le di, que la tuve llorando dos semanas, las que duró mi castigo sin salir a jugar en la plaza mientras que Luis, entonces Luisito, volvía a las andadas al segundo día de arresto y se largaba a coger ranas a la charca del Hondo con la pandilla, como si nada. Aquel episodio me sirvió, incapaz de soportar la culpa por la congoja desmedida de mi madre, para descubrir que ser un cafre no era lo mío y me enseñó que, en adelante, era mejor evitar las fechorías y meterme en líos porque cada uno vale para lo que vale y a mí se me dibujaban las intenciones en la cara con solo pensarlas. A partir de entonces, decidí convertirme en un buen chico y no tentar al destino, que tiene muy mala leche cuando se es hijo único. Luisito, en cambio, inició su andadura profesional de especialista en riesgos, se convirtió en el pistolero más rápido del oeste, el mejor explorador de la selva, el guerrero más valiente, el héroe que salva a la chica cuando todo se desmorona, el héroe que aparece justo en ese segundo final en que la tragedia parece inevitable. En la escuela, admirábamos su coraje, su rebeldía, sus hazañas de malote. Sus padres lo dieron por cosa perdida y acabaron no haciendo drama donde

otros hacían tragedia de la rebeldía indómita de sus vástagos. Luis era un superviviente que llevaba jugándosela desde niño y era el mejor ganándole partidas al destino. «La vida es eterna en cinco minutos», cantaba Victor Jara antes de que le amputaran las manos y muriera su guitarra. Nos gustaba oír esa canción cuando nos juntábamos en las tardes de adolescencia. Una extraña asociación de ideas me recordó ese verso, mientras lo escuchaba al otro lado del teléfono. ¿Qué parte de esos recuerdos quedarían en mi amigo?

— No sé qué hacer con sus cosas, échame una mano—me suplicó— don Torcuato se fue sin dejar rastro y se está pudriendo todo su legado.

—No sé qué pinto en tus movidas—le dije, pero entonces me recordó que yo fui su mejor alumno y el único que mantuvo contacto con el maestro hasta sus últimos días. Evitaba confesar que yo era la única baza que tenía, que no se le ocurría nadie más a quien endosarle el encargo, al contrario, insistió en que era el último testigo de la vida secreta del maestro y el guardián de sus confidencias, si las hubiere.

«Miguel, alguien tiene que hacerlo», repetía, y como un bosquimano incansable persiguiendo a la presa, continuó con su retahíla monocorde, que si teníamos ese deber moral con él, que si había vivido su vida con nosotros, que si toda Terrasalada había pasado por su aula, y otros argumentos que me dejaron sin respiración. A mí, la expresión “deber moral” me distrajo unos segundos y dudé si recoger el guante para contestarle lo que no quisiera oír, pero recordé que era el alcalde y desheché la tentación. Me inundó la pereza pero me obligué a ser amable con él. Tenía que hacer su trabajo.

—Don Torcuato quería enseñarnos a ser menos paletos, sí— le dije— Pero no sé si lo consiguió del todo—y como Luis conocía bien ese cinismo que se me desataba cuando una conversación empezaba a cansarme y que no había conseguido domar después de tantos años, se echó a reír y me mandó callar, me dijo que me veía venir, que era un plasta, que seguía igual que siempre y que tenía que hacerle ese favor. No supe cómo decirle que había pasado mucho tiempo y que el pasado tenía ya el color de las cenizas.

—¿Recuerdas cuando el maestro nos sentenciaba a morir de frío? —le dije—“usted, Luisito, salga al patio y dése una vuelta hasta que aprenda a callar». Parece que lo estoy viendo.

—Era cruel.

—Entonces no existía la crueldad—lo corregí— simplemente no había alternativa. Era una buena persona que aplicaba las reglas.

—Vaya si lo era, por eso has de ayudarme. ¿Te das cuenta de que apenas sabemos nada de él? y tú siempre lo disculpas, por eso eres mi hombre. Dale una vuelta al tema, por favor—volvió suplicarme— y no me digas que no. Piénsatelo y en unos días, hablamos.

Cuando colgué el teléfono, repasé los cinco minutos de conversación que habíamos mantenido. Ya no éramos los mismos, pero evité mirar atrás con desdén. Dicen que la infancia es la única verdad que hay dentro de nosotros y que, cuando todo se ha desmoronado en nuestra memoria adulta y la enfermedad consume el escaso tiempo que nos queda, los recuerdos de la infancia abrazan al moribundo. Que ese abrazo no es el de la temida parca de manto negro, sino el del hada nodriza a la que nos entregamos con la inocencia del niño que fuimos.

Luis me contó tenía pensado construir una biblioteca en Terrasalada y que quería poner una placa en honor, «A don Torcuato Carpio, maestro de Terrasalada, 1950-1989». Se lamentó de que, poco a poco, nuestro pueblo estaba desapareciendo del mapa y de la historia, y que creía que era una buena idea recordarle a los vecinos cuanto significó para aquellos mocosos llenos de futuro y legañas, ese forastero que educó a tres generaciones mientras estuvo en activo. Que no había familia que no conociera su nombre, tan arraigado en las entrañas de este territorio. Que don Torcuato formaba parte de nuestras biografías y que, recuperar esos olvidos colectivos, era una buena estrategia electoral. Esto último no lo dijo, por supuesto, solo lo pensaba.

En lo que a mí respecta, cómo iba yo a imaginar cuánto cambiaría mi vida esa llamada de mi amigo Luis Romero Vila, alcalde de Terrasalada, el día 16 de abril, Jueves Santo, del año 1992.

El maestro no imaginaba que expulsarnos al patio era una liberación porque el castigo les permitía escapar de la penuria del aula, respirar aire limpio y distraerse con los insectos, las hormigas, los caracoles y otros bichillos enredados en los hierbajos que crecían entre las viejas losas. Pero en invierno, ese patio era una condena. Antes de las doce del mediodía no se podía beber agua del caño y había días que ni en la tarde, porque aún seguía congelada. Luisito le preguntó a don Torcuato si podía ponerse el abrigo antes de salir a cumplir el castigo y el maestro calibró el cuerpo enclenque del desgraciado antes de tomar la decisión. No quería tener disgustos y calculó la temperatura exterior.

—Salga a cuerpo, Romero— sentenció—a ver si se le congela esa risilla.

Don Torcuato vigilaba de reojo desde la ventana y cuando Luisito empezó a tiritar de una manera peligrosa, lo dejó volver junto a la estufa. Contra todo pronóstico, jamás tuvo ningún incidente con la salud de los críos ni le protestó ningún padre. La crueldad le salía gratis. Si contabas en casa que te había castigado al patio, lo primero que te preguntaban era qué habías hecho para merecer el castigo y después corrías el riesgo de que te endosasen, de propina, otro arresto domiciliario. Así es que Luisito regresaba al aula, pálido, encogido y avergonzado, con un castaño incontrolable de dientes y, cuando su madre lo recogía, ni el maestro ni el alumno mencionaban el incidente. Ambos conocían las ventajas del disimulo.

Encima de la mesa, don Torcuato tenía un cenicero de alabastro que iba llenando a lo largo del día. Fumaba sin parar unos cigarrillos que olían muy dulces, de humo fino, no como los de mi padre. Me gustaba respirar ese humo con olor a vainilla que inundaba la clase y mareaba a los niños de las primeras filas. Lo que me daba un poco de asco era su dedo amarillento y sus uñas grises, tintadas por la nicotina. También su piel tenía el color macilento de los filtros, una textura rugosa y opaca, como de cartón.

Los días de escuela estaban llenos de felicidad. Cuando llegaba la primavera subía por la cuesta larga hacia la escuela embriagado por el azahar de los limoneros y el perfume de los jazmines en las tapias. El aire tibio de la tarde alargaba las horas de juego hasta el anochecer y a mi madre le costaba meterme en casa. Me quedaba a su lado cuando regaba el porche con agua del pozo y se reía como una niña si yo ponía mi cabeza debajo de la manguera para demostrar era capaz de soportar cómo el agua helada arrastraba todo el polvo de las veredas que cubría mi cuerpo y ya que se había cuajado entre los dedos de mis pies. No había tiempo de mucho más. Éramos niños y el reloj corría hacia el futuro lleno de incógnitas. Mis padres, la vecina Amparo, el pastor Ginés y tantos otros, incluido el cura, estaban tan mayores y les pesaba tanto el día que solo querían que se acabara pronto, para descansar. A nosotros, en cambio, solo nos pesaba la impaciencia de ser como ellos. Deseábamos que llegara el viernes, cuando soltaban las tandas de riego por las acequias que aprovechábamos para darnos los primeros baños. Mi madre me ataba entonces con una cuerda para que la corriente no arrastrara mi cuerpo canijo, otras dejaban que sus hijos chapotearan en ese limo amarillento sin demasiadas precauciones. A la mía no le hacía mucha gracia que me metiera en ese fluido opaco que a saber qué saber qué amenazas escondía debajo de la superficie, pero yo le suplicaba que me dejara bañarme en la escorrentía. Cuando por fin, cedía a mis llores suspiraba

y me abrazaba, como si se despidiera. Ella sabía qué peligro nos rondaba y espantaba el miedo como podía; mientras chapoteaba contra la corriente, se quedaba en el borde del cauce sin quitarme ojo, sujetando la soga a la que me había anudado con tanta fuerza que acababa con las axilas en carne viva. No me olvido. Sé que deberé hablar de Manolito. Tendré que contarlo. Manolito, junto con Luis, eran mis mejores amigos, tenían una indómita inclinación a la aventura y a la transgresión, y si la escuela se inventó para domar a los niños, en su caso no había doma que valiera. Si lo castigaban, se encogía de hombros, sonreía y acataba su destino, como un héroe trágico a cambio de convertirse en leyenda.

Pero necesitaré un poco más de tiempo para afrontar ese dolor.

Otro día don Torcuato me llamó a su mesa. Las persianas amortiguaban la luz. Me acerqué y me fijé en las finísimas espinas blancas que agujereaban sus mejillas. Me tendió un libro abierto que yo no había visto nunca, con letras muy pequeñas y me dijo que empezara a leer en voz alta. El libro pesaba mucho y no tenía dibujos.

—Dése la vuelta, lea de cara a sus compañeros— me pidió.

Esa primera vez, me llenó de zozobra. El maestro me imponía mucho y me fijé en que Nicolás y los gemelos se daban codazos y se aguantaban la risa. Por suerte, mi amigo Manolito me guiñó un ojo cómplice y levantó el pulgar dándome ánimos.

—«Dí, por, qué, acequia, escondida, agua, vienes, hasta, mí, manantial, de, nueva, vida»

Leía silabeando «de, donde, nunca, bebí». La clase estaba en silencio, expectante, con los carnívoros al acecho, esperando un error para lanzarse sobre mí. Yo no tenía tiempo de mirarlos porque mi vista estaba absorta en aquellas líneas para reconocer cada letra, descifrar cada palabra y no fallar. Sentía la mirada de don Torcuato en la nuca, como si una avispa me clavara un aguijón aunque no podía despegar la mía de las veredas negras, pasara lo que pasara. Puse en la lectura toda la fuerza de mis sentidos y de mi corto entendimiento. Me resultaba muy difícil sincronizar mis ojos y mi boca, era un manojo de nervios, empezaron a sudarme las manos, la frente y los costados, y nadie, excepto yo, parecía tener prisa en que acabara esa letanía monocorde de significado impracticable que estaba leyendo. Don Torcuato esperó paciente hasta el final de mi ejercicio.

—“Anoche, cuando, dormía, soñé, bendita, ilusión, que, una, colmena, tenía, dentro, de, mi, corazón”.

Sentí cierta decepción al acabar, porque yo tenía expectativas acerca de mi meritorio esfuerzo pero el maestro no dijo ni mú, continuó indiferente llamando de uno en uno al resto de alumnos de la primera fila y les hizo leer una y otra vez los mismos versos. Solo cuando escuché esos versos en boca de Antoñita pude entender su significado. Era la que mejor leía de la clase. Recitó los versos con un poco de entonación y una voz cantarina que los hizo inteligibles. ¿Cuánto dolería tener una colmena dentro del pecho? me pregunté. Ese día, don Torcuato nos explicó qué era la poesía y nos contó que don Antonio Machado era el mejor poeta del mundo y que ése era su mejor poema. A mí me interesaba muy poco lo de ser poeta, yo quería ser agricultor como mi padre, tener muchos naranjos y limoneros, ayudarle a abrir las compuertas del azarbe en la madrugada, vivir atento a las tandas de agua para regar los huertos y hundirme hasta el tobillo en el barro, porque el barro es frío incluso en verano, refresca los pies y tiene la consistencia de las natillas. Y cuando apuntara el alba, volveríamos a casa, donde mi madre nos esperaba con un buen chocolate caliente y unas rebanadas de pan tostado. O como el tío Ginés, el pastor que tenía la cuadra cerca de la escuela. Me cruzaba con él a menudo, lo veía llegar con el rebaño emitiendo esos silbidos llenos de matices con los que hablaba a sus cabras. El tío Ginés no necesitaba leer, ni pronunciar bien, ni lavarse las manos antes de cenar, ni saber que, muy lejos de Terrasalada, existía un desierto que se llamaba Sáhara y una isla muy grande llena de bichos raros que se llamaba Madagascar. Si fuese posible, pensaba entonces, yo podría ser un poeta pastor, o un huertano poeta, porque lo que yo quería era almorzar con los hombres en el bar de la plaza, o en el bar de Rufino, ser mayor para que me dejaran beber vino en la bota y acostarme a media mañana mientras los niños se aburrían en la escuela. ¿Quién querría perder el tiempo con la poesía? ¿Acaso sabía ese don Antonio Machado lo divertido que era dibujar las letras en el barro, o subir con las cabras hasta la loma pelada y vivir ajeno a las paredes de la escuela, a los horarios, y a esos libros repletos de historias que no son las nuestras?

Don Torcuato era el maestro de mi padre, de mi madre y de casi todos los que quedaban vivos en Terrasalada, pero ninguno de ellos era poeta. Mi recuerdos son recuerdos desordenados y sin cronologías; tan solo un vendaval de hechos que conforman lo que soy junto ese maestro que a veces me trataba como un padre y otras como un patrón y, aunque algún rato malo me hizo pasar, no queda en mí, herida ni cicatriz que el afecto no haya sanado; y si la hubiere, debe de estar arrinconada por ahí, donde la memoria guarda los trapos viejos, las palabras mal dichas y los amores despechados.

Cuando el maestro murió no faltó nadie a su entierro, toda Terrasalada había crecido a su lado y había sufrido su obsesión fonética, sus ensoñaciones de aventurero mientras hacía girar el planeta sobre su mesa hablándonos de continentes a la deriva, escorpiones azules, algas luminiscentes o icebergs asesinos. Eran las maravillas que ocurrían junto a otras muchas en ese planeta azul que era el nuestro aunque no hubiésemos viajado nunca más allá de los bancales yermos de Terrasalada. El pueblo entero desfiló ante su cuerpo inerte para rendirle honores y respeto pues había sido el alfarero que moldeó sus vidas, ese vecino que siempre saludaba, el que no hacía ruido, ni molestaba, el que no se metía en la vida de nadie ni dejaba que nadie se metiera en la suya, el que nunca iba a ningún sitio y, si lo hacía, no lo contaba; el que conocía casi todo de todos, sin juzgarlos, el que se refugiaba en la resignación de que el tiempo solucionaba lo que no tenía solución, el que vivió su vida como si ésta solo fuera un resto inútil de otra, ya pasada, y todo, desde entonces, fuese un plácida prórroga, una simple espera. Durante los primeros meses, nunca faltaron las flores en su tumba. Luego, como todas las tumbas sin supervivientes, la lápida se fue llenando de manchas polvorientas y flores secas que nadie se acordaba de retirar y sólo recibía cuidados esporádicos de algún familiar de los panteones vecinos a los que molestaba más el desaliño que otra cosa. El maestro quedó en la memoria de los habitantes de Terrasalada como un personaje indeleble que había dejado una impronta en todas las vidas sin que, aparentemente, nadie quedara en la suya.

Al cabo de una semana Luis volvió a llamarme por teléfono. Sabía que estaba en Madrid terminando de impartir las últimas clases de la asignatura de géneros periodísticos que ese año me habían endosado en el primer cuatrimestre y me preguntó que cuando iría al pueblo, que teníamos que hablar y retomar el tema de las pertenencias del maestro, que la Diputación ya le había aprobado definitivamente el proyecto de reforma del antiguo almacén municipal para levantar una biblioteca y que había que empezar a resolver los detalles, los plazos y mis honorarios.

—¿Mis honorarios?—le dije—Eso sí que no lo esperaba. No entiendo tus prisas ni tu empeño, de verdad. No creo que en Terrasalada se desvivan de interés por esas cajas.

—Mira Miguel—me dijo entonces de manera contundente, como quien harto de jugar con niños chuta el balón fuera del campo y dice, hasta aquí, ya no juego más, estoy cansado, me aburro, tengo cosas más importantes que hacer y se marcha dejando al equipo perplejo—tengo

mucho lío en el Ayuntamiento, las cosas ya no son tan fáciles como antes, necesito una respuesta y empezar a tramitar expedientes si quiero llegar a tiempo. No te imaginas el papeleo que lleva todo esto. Pero no te he llamado para contarte mi vida, sino para que me cuentes la del maestro. Hay más de veinte cajas que llevan dos años en el almacén municipal. Esto no es Madrid—puntualizó, como si necesitara recordármelo— y tiene muy poca importancia que te rasgues las vestiduras porque sus cosas convivan con las desbrozadoras de los jardineros. Esto es Terrasalada y, si cuando pedimos ayuda para dejar de ser unos paletos no la recibimos, poco reproche merecemos. ¿No crees?

Entendí que llevara tantos años de alcalde. Era admirable su memoria y su puntería cuando disparaba. Tras un silencio durante el que me sentí culpable le dije que no tenía previsto ir al pueblo hasta el viernes primero de mayo que era festivo y quería aprovechar para pasar unos días con mis padres, que estaban mayores y llenos de achaques, que podríamos vernos entonces.

Quince días después, nos vimos en la cafetería de la estación. Quedamos a desayunar a las ocho de la mañana. Era sábado, y a esa hora no había casi nadie en la intermodal. Me dijo que era la única manera de hablar con tranquilidad, sin interrupciones. Tiempo después entendí a qué se refería un alcalde cuando hablaba de tranquilidad.

—Mira, Luis—le dije nada más volvió a plantearme el tema—no quiero desilusionarte pero es que, a pesar de la estrecha relación que mantuvimos hasta el final de sus días, yo no tengo muchos datos sobre la procedencia ni la vida personal de don Torcuato. Ya sabes cómo era.

Yo solo sabía que el maestro había nacido en Villa del Páramo, una pequeña aldea al norte de Segovia, que estuvo interno en un pupilage de la ciudad hasta que acabó el bachillerato, que allí conoció y fue alumno del poeta Antonio Machado que en esos años había sido destinado al Instituto General y Técnico de Segovia. Poco más. A Luis se sorprendió este dato, como si lo escuchara por vez primera, aunque recordé habérselo comentado en otra ocasión.

—Nunca me contó nada sobre su familia. Absolutamente nada—le dije.

—¿Ha pasado más de cuarenta años con nosotros y desconocemos todo sobre su familia, que fue alumno de Antonio Machado, si alguna vez se enamoró, dónde pasó la guerra y por qué acampó al final en este pueblo?— exclamó con impotencia. Luis no estaba acostumbrado a la información resbaladiza— ¡Joder, es increíble!

—¿Has esperado hasta ahora para darte cuenta?

A Luis no le gustó mi comentario. Contenía un reproche que no se merecía, así es que intenté atemperarlo.

—¿Por qué te sorprendes? todos asumimos su discreción de manera natural. Y se lo consentíamos porque vino de fuera, porque en el fondo no era uno de los nuestros. Ahora quieres reivindicarlo, de acuerdo. Su tumba está en nuestro cementerio y sus cosas en una trastienda municipal. Es eso, ¿no?

—Lleva dos años enterrado, ya te comenté que sus cosas se pudren.

—Como él.

Esperé callado a que Luis terminara de exponer sus razones aunque ya las había dejado claras, pero seguía insistiendo. La estación empezaba a llenarse de gente con prisa.

— Voy a rehabilitar un viejo edificio municipal para destinarlo a biblioteca y me gustaría ponerle su nombre. Como ves, deberías alegrarte de que con el tiempo queramos dejar de ser unos paletos.

—¿Y necesitas una biografía para eso?

—Tampoco estaría mal si lo que me cuentas es verdad. Seguro que el maestro tiene una novela.

—Todos tenemos una novela.

—Pero él no tiene a nadie que se la escriba, y ya que lo dices, ojalá estemos en un error y encuentres a algún familiar con el que pudiéramos contar el día de la inauguración, algún pariente lejano, alguien de su familia que pudiera ser testigo de cuánto lo hemos querido y cuánto le agradecemos su dedicación.

A Luis se le olvidaba que yo no votaba en Terrasalada. Que no hacía falta el oropel de falsas intenciones que escondían sus derrapes argumentales. Se lo dije con otras palabras. En ese momento levantó el brazo y saludó a una mujer que llevaba a dos niños de la mano y se dirigía hacia la ventanilla de venta de billetes. Su cara me resultó familiar pero hacía demasiado tiempo que me había marchado de Terrasalada.

—¿No te acuerdas de ella?—me preguntó Luis que no me quitaba ojo mientras la observaba.

Negué con la cabeza. Ella se detuvo para hablar con uno de los niños.

—No quiero complicarte la vida. Solo quiero que tenga sentido—se disculpó, volviendo al asunto.

—¿Qué quieres que tenga sentido?— La mujer me había distraído y no sabía a qué se refería. Estaba atándole el cordón de la zapatilla a uno de los niños. Me fijé en que eran gemelos.

—Lo que hago, lo que hacemos. Terrasalada se está diluyendo en mitad del enjambre turístico en que se ha convertido este territorio, la falta de identidad nos está borrando la memoria y nos está dejando sin historia. No sé si me explico.

—Pero para hacer eso no me necesitas Luis. ¿Por qué no buscas un experto? Hay grandes especialistas en fabricar épicas locales. Porque es eso lo que quieres si no te he entendido mal, una biografía épica de un tiempo que ya no existe.

—Existirá mientras no lo olvidemos.

—Siempre estáis igual. Os resistís a perder la infancia, los recuerdos, los paisajes y las historias que almacena vuestra memoria porque la suma de todas las memorias es lo que somos. Sin memoria ni siquiera existiría el tiempo, ya me sé todo eso. Nos resistimos al olvido, a ser olvidados, porque anhelamos perdurar aunque sea en un relato que hable de nosotros, pero...

—Dejé la frase en el aire. Luis sabía lo que quería decir. No hacía falta terminarla. Nos conocíamos demasiado.

—¿No te cansas?—me preguntó. Su voz sonaba cansada y escondía un matiz triste.

—¿De qué?

—De ser así, un capullo insensible.

—Si tienes presupuesto para elegir al mejor, elige a otro—zanjé.

Luis hizo como que no me había oído y apartó mi comentario con un manotazo al aire como si fuese un molesto abejorro. Entonces me lo confesó, «Maribel me lo ha pedido». Maribel fue la mujer que cuidó de don Torcuato hasta el final de sus días, una sombra de la que hacía años que yo no sabía nada, ni siquiera si estaba viva. Maribel le dijo a Luis que yo era la persona que debía de ocuparse de sus cosas, que, a falta de familiares, don Torcuato tenía previsto declararme su heredero, que su muerte repentina lo impidió, pero que las intenciones verbales de los difuntos valen lo mismo que las letras notariales. Que fuese lo que fuese que contuviesen las cajas, era mío. «¿Y quién mejor que tú para hacerse cargo de esos cadáveres inertes a los que hay que insuflar nueva vida?». Y así fue como me di cuenta de que ya existía un poeta en Terrasalada, y que ese poeta era mi amigo, porque fue increíble cuánta poesía necesitó para ocultar tras sus prosa poética, un sibilino cálculo electoral. Seguía siendo incansable y era la segunda vez que me llamaba para convencerme. Era el mismo Luisito de antaño, pertinaz, resuelto y crecido ante las dificultades. No había cambiado. Ahí estaba, como siempre, plantándole cara a la vida.

—Dame unos días, a ver si se me ocurre algo—le dije al salir del vestíbulo donde lo dejé saludando a un grupo de jóvenes que se dirigían a tomar el tren de viaje de estudios—Pero no te hagas muchas ilusiones.

Al caer la tarde, el maestro acostumbraba a salir al mismo tiempo que los niños, cerraba la escuela y se iba al bar de Rufino, donde pedía un vino, y luego otro, y los que hiciera falta según se presentara el resto del día o cuantos cansancios y sinsabores hubiera que purgar. En el bar se escondía de su soledad junto a otros parroquianos hasta entrada la noche, que en invierno caía de golpe, porque al cobijo de la gran chimenea del bar que había en mitad de la estancia, se ahorraba horas de humedad y congoja. Allí, tomaba alguna tapa antes de marcharse y, cuando llegaba a casa, se resguardaba en la calidez de las mantas y se arropaba con la lectura hasta el día siguiente. El bar de Rufino era más bien un mesón, un establecimiento que procuraba cocina y cama, como muchos otros similares en esa España de carreteras desgastadas por miles de camiones en ruta, representantes, comerciales y turistas despistados. El establecimiento estaba a las afueras del pueblo, hecho irrelevante en Terrasalada dada su pequeña extensión, en la explanada en el cruce entre la carretera nacional 332 y el surtidor de gasóleo de la cooperativa agraria. Don Torcuato charlaba con los camioneros que llegaban del norte, que eran todos cuando uno vive en el sur, y aprovechaba la ocasión para olvidarse de los niños y relacionarse con otros adultos a los que preguntaba por su procedencia y por el tiempo que hacía en su región de origen, Logroño, Zaragoza, Huesca o Badalona; luego se interesaba por cuál era su destino, su carga, si pensaban volver por allí y otras cosas sin importancia. El caso era estar al día y estar vivo con aquellas rutinas y conversaciones que eran anodinas pero que le aligeraban la tarde y el aburrimiento y acrecentaban los lazos de su amistad con Rufino. Rufino apreciaba al maestro a pesar de lo diferentes que eran porque no pensaban igual de casi nada, ni de las mujeres, ni de los toros, ni de los políticos, ni de los curas. Por ese orden; pero se respetaban y se apreciaban. Don Torcuato no renunciaba a su convicción de que era posible un futuro de libertad y progreso para el país y, como respuesta, Rufino pasaba el trapo por la barra y meneaba la cabeza cuando oía sus arengas. Acarreaba muchas horas de escucha involuntaria detrás del mostrador y había llegado a conclusiones menos poéticas que las del maestro sobre los ideales humanos y el futuro de la especie. En realidad, Rufino miraba la vida tras esa barra de bar que le separaba del mundo y no tomaba partido desde hacía tiempo, procuraba no salir

de su refugio y le gustaba servir a sus clientes desde ese espacio fronterizo que lo aislaba y lo protegía. Se limitaba a dejar que el mundo siguiera su curso y creía que era de sabios vivir sin que a uno le prestasen mucha atención. Le gustaba ir a lo suyo en su pequeño establecimiento porque ya había demasiado ruido al otro lado y cada año que pasaba le gustaba más el silencio.

— ¡A ver si se muere pronto el viejo!— dijo el camionero de Huesca que volvía de los astilleros de Cádiz con una carga para el puerto de Valencia, refiriéndose al dictador. Su interlocutor, otro conductor de la zona que había parado a tomar algo antes de descargar las cajas de naranjas en la cooperativa, le pidió que bajase la voz. Se arrepentía de haber entrado al trapo con ese desconocido que vociferaba esas barbaridades que ningún lugareño se permitiría. Pensó que cómo se le había ocurrido darle chanza, era temeroso porque nunca se sabe donde nos aguardan las consecuencias de la imprudencia. Al viejo le faltaban cuatro años para morir, pero parecía que fuera a durar toda la eternidad.

— Cuando el viejo falte, España se va a la mierda, te lo digo yo— contestó un joven que lo había oído al otro lado de la barra. No tendría ni treinta años y llevaba tatuado en el cuello una bandada de pájaros.

Rufino chistaba y los mandaba callar con amable autoridad. Sabía cortar de raíz esas discusiones que eran cada día más frecuentes y que, como podían acabar en serias trifulcas, no quería correr riesgos porque en su comedor se debatiese sobre política. Sin embargo, con el maestro no le importaba discutir, se sentía cómodo, lo conocía, era un hombre tranquilo, de hablar pausado y sensato aunque sus ideas eran «un poco bolcheviques para su gusto». Don Torcuato no destilaba el odio que otros almacenaban esperando el momento de escupirlo, estaba libre de la amargura del tiempo de la revancha y no necesitaba el rencor para explicar todo lo que este país había perdido a causa de la dictadura. En sus arengas, animadas por la desinhibición que le procuraba el vino, aprovechaba para pedir justicia para los ominosos hechos que la historia ocultaba y reivindicaba la educación y la ciencia como la única solución para vivir libres de las cadenas políticas. A Rufino le intrigaba su serena conformidad con el destino y su aparente indolencia en el tono de sus discursos, cercanos a la derrota, como si viniera de aprender de ella. Fueron muchas las horas compartidas entre Rufino y don Torcuato y mucha la piedad que le hacía falta al primero para regentar su bar en ese cruce de caminos y de almas adonde recalaban tantos hombres y mujeres a diario, aunque ninguno tan desolado como el maestro. Rufino sentía una profunda compasión cada vez que lo veía marchar al anochecer, con los hombros derrumbados y el caminar confuso.

Un día en el que el maestro bebió dos chatos de más le refirió la disputa que había tenido con doña Fina por los cobros. El bar estaba tranquilo a esa hora. Los que paraban a pernoctar aún no habían llegado. En la cocina se preparaba la cena y en la planta de arriba quedaban tres habitaciones disponibles. Acodado en la barra, el maestro se quejaba del encontronazo que ha tenido esa tarde con la madre de los gemelos Ernestito y Fernandito. Insistía una vez más en que pedía lo justo por su trabajo pero le pagaban poco.

— No aprieto Rufino, no aprieto, pero no me gusta que se rían de mí.

— No se lo tome a mal don Torcuato—dijo Rufino que intentaba atemperar su enfado—ya sabe cómo es doña Paula.

— Doña Paula sabe de sobra que cobro diez duros por niño y de verdad Rufino, que he estado a punto de perder la paciencia.

Doña Paula se acercó hasta la escuela para negociar el recibo semanal de sus dos hijos. Era la mujer del panadero, la familia ganaba bien y le gustaba que se sepa. Tenían el único coche del pueblo, un coche grande, negro y reluciente al que le quitaban el polvo antes de sacarlo a la calle.

— ¿Recuerdas cómo presumían de televisor este verano?—dijo el maestro como prueba de cargo de la tacaña exigencia de la madre.

Una noche de julio, el padre de los gemelos sacó a la calle un “cine pequeñito” e invitaron a todo el barrio a verlo. Los vecinos arrimaron sus sillas intrigados para contemplar ese invento de la NASA. Doña Fina y el panadero eran de esos a los que les gusta recordarles a todos que el mundo es un botín gigantesco, lleno de cerraduras y que la diosa fortuna repartía las llaves. Y que a ellos, les tocó una.

—Tienen dinero y altanería suficiente para decidir lo que valen las cosas sin que les impongan el precio—se quejaba el maestro mientras aumentaba su enfado, como si reviviera lo que consideraba una falta de respeto.

— Amigo, no se ponga así— trataba de apaciguarlo Rufino que no quería que el bar se le convirtiera en un patio de comedias—conozco al panadero, a su mujer, a los niños y estoy seguro de que no ha querido ofenderlo, solo negociar un poco. Ya nos conoce.

— Pues claro que quería negociar una rebaja Rufino, como si yo te pidiera que me rebajasas el vino cuando bebo mucho.

— Y en qué ha quedado la cosa?— preguntó para que le contara el final y pasara a otra cosa mientras le rellenaba el vaso y pensaba para sus adentros que ya no iba a servirle más vino.

— Alega que ella tiene dos hijos en la escuela y que no me paga veinte duros, que es un disparate. Esa mujer no entiende nada de nada—se vuelve hacia los clientes del bar que han dejado de hablar para escucharlo—¡Ricachones y paletos sobran en España!

La poca parroquia que había a esas horas estaba pendiente de la indignación del maestro, sonreían con disimulo y asentían a cuanto decía. Conocía de sobra a doña Paula y sus aires de grandeza y don Torcuato encarnaba al héroe que la había puesto en su sitio. Les hacía gracia ese hombre tan serio y respetable perdiendo la compostura, indignado y vacilante por el alcohol. Doña Paula, sin embargo, no había hecho nada novedoso en lo que atañía a negociar por los servicios prestados. No podía evitar dejar claro al resto de Terrasalada que era ella la que ponía el precio de las cosas. No estaba en su voluntad humillar ni ahorrarse unas monedas en cada pago, tanto como recordarse a sí misma que era la más rica del pueblo y esa circunstancia le concedía ciertos privilegios. Con el maestro no iba a ser menos; a menudo, le redondeaba las cuentas, cuando a ella le parecía bien, con algún regalo en especie con el que demostraba su inmensa generosidad: un pollo de corral, verduras del huerto o una bandeja de cordero asado aprovechando los rescoldos del horno. El día que fue a negociar el recibo de la escuela se presentó con un bizcocho, porque ella negociaba la factura enseñando la propina. No entendía que, pedirle una rebaja al maestro como se la pedía al carpintero o al comerciante de telas, era ofenderlo, humillarlo. Acostumbrada al resultado feliz de sus gratificaciones y a la tácita aceptación de don Torcuato, no fue consciente de su falta de tacto ni de las consecuencias que esa bronca acarreó en el ánimo del maestro, que se sumió en tal estado de zozobra, que dejó de acudir al bar durante dos semanas, hasta que se liberó de la espesa ira que lo ahogaba. La disputa corrió de boca en boca por Terrasalada. Fueron muchos los testigos que disfrutaron relatándola. Al maestro no le vino mal que la gente se enterase de su humillación porque encontró el apoyo oportunista de los envidiosos, pues era mucho el resquemor contra doña Paula y contra aquellos que presumían de ganancias entre quienes no ganan. Además, su carácter no ayudaba mucho, era ostentosa, le gustaba dárseles de señora y había olvidado su origen en la choza inmundada cerca del río donde nació, rodeada de tanta miseria que a su madre le costó la vida parirla. A su padre todavía no se le había borrado la costra de barro tatuada en los tobillos tras cientos de horas de inundación y sudor trabajando como jornalero en huertos ajenos. Pero trabajó duro, ahorró en vino y timbas y crió solo a su hija, que creció hermosa y, cuando llegó el momento, negoció bien su belleza. Doña Fina era una mujer que llevaba toda su vida negociando dones, era lista y sabía que siempre había alguien dispuesto a comprar un bello

animal de compañía. Perspicaz y ambiciosa, cuando el panadero se prendó de su boca y de su melena oscura, ella lo eligió por amo. Al cabo de dos años de matrimonio, dio a luz a los gemelos que heredaron la desmemoria y la altivez de su madre aunque en ese momento, la inocencia todavía endulzaba sus rostros porque desconocían que el destino los esperaba agazapado para mostrarles la sordidez que anida en el corazón de los hombres buenos.

Aquel día, antes de salir de clase, don Torcuato nos detuvo, se colocó frente a nosotros, cerro la puerta y pidió que le escuchásemos con atención.

— Mañana os quiero a todos bien limpios y bien peinados porque os van a hacer una foto.

Aplaudimos y saltamos sin desaprovechar la noticia para montar algo de jolgorio, que tanto le molestaba al maestro.

— Y decidles a vuestros padres que la foto cuesta dos pesetas.

Al día siguiente, aparecimos en perfecto estado de revista, limpiísimos, repeinados y de la mano de nuestras madres, que se acercaron hasta la escuela para vigilar que el fotógrafo sacara bien guapos a su hijos, pero pasaron las horas y el fotógrafo no apareció. Enfadadas por la poca seriedad del encargo se marcharon a sus quehaceres. A media mañana apareció un fotógrafo ambulante con un remolque cochambroso donde arrastraba la tramoya de su oficio, un tipo de esos que recorrían las escuelas de los pueblos de las provincias españolas dejando a su paso un rastro de fotos de niños espantados, en blanco y negro. Su tardanza generó un desajuste importante en nuestro inicial aspecto ya que, durante el recreo, las rayas del peinado se nos habían torcido, nuestras caras estaban salpicadas de migas aceitosas y, aunque el maestro recompuso lo que pudo, el resultado fue una catástrofe. Acicalar niños no estaba entre sus destrezas. El fotógrafo se tomó su tiempo y preparó el decorado para que nos diera cierta compostura. Luego, nos fotografió de uno en uno sentados tras la mesa de don Torcuato, un armatoste pesado de madera oscura atornillado a la tarima por razones inexplicables, un escritorio ceremonioso con cenefas torneadas en sus patas diseñado para varones circunspectos y elevados, de tal altura que, para encuadrar a los más pequeños, el fotógrafo necesitó apilarles unos cojines debajo del trasero. De fondo, desplegó un mapa raído y amarillento de la península ibérica que cubría toda la pared y, a la derecha, situó una peana con la bandera de España. Encima de la mesa, las manos cruzadas del niño, la bola del mundo y una falsa estilográfica con su tintero y todo. Miles de niños posamos para que nos hicieran esa

misma foto y quizá todos seamos el mismo aunque parezcamos diferentes, no tanto por el decorado inmutable que se repite una y otra vez, sea cual sea la escuela, el territorio o el fotógrafo, como por nuestras miradas, indiferentes, felices o ingenuas, propias de ese tiempo de luz en el que no conocimos la guerra, el dolor ni el hambre en nuestras huertas. Cuando terminó la sesión fotográfica, el maestro nos llevó hasta la escalinata de la fachada y nos colocó según la estatura. Él se situó abajo del todo, en el centro del grupo, y a mí me colocó a su izquierda. El fotógrafo disparó de nuevo y, antes de marcharse, acordó mandarle las copias que cada madre recogería en unas semanas. Nunca vimos la foto del grupo escolar hasta muchos años después y cuando toda Terrasalada la vio, levantó la piel de los presentes.

Pero de nuevo, tengo que esperar y acompasar el relato al ritmo de mis recuerdos, porque algunos de esos niños ya no están en el mundo y han sido pasto de trágicas decisiones, de la enfermedad o de sí mismos. Encuentro esa imagen años después, inesperadamente, entre las páginas de uno de los cuadernos de don Torcuato, intacta y amarillenta. Me busco a su lado. Allí estoy, aún ajeno a mi propia existencia, ajeno a los peligros que me acechan fuera de la madriguera. El maestro es un hombre enjuto, mira al fondo del aire, le cuelgan los brazos indolentes en los costados y viste una chaqueta de lana bien abotonada que le tapa las caderas. Parece un anciano, pero hago cuentas y ronda los cincuenta y cuatro años. Detrás, en azul, reconozco su letra alargada, Terrasalada, Mayo, 1967. Repaso las caras de los niños, allí están, Luisito, Fernandito, Andrés, Ernestito, Antoñita y los demás, y me doy cuenta de que me he equivocado interpretando sus sonrisas como prueba de nuestra felicidad, porque esas miradas no son felices, ni ingenuas, ni propias de un tiempo sin guerra ni hambre. Solo somos niños con el rostro fruncido mirando a la cámara, somos estupor e indolencia, niños y niñas a los que, a esas horas, el sol, sencillamente, deslumbraba.

El vértigo de mi adolescencia no impidió que volviera la vista hasta reconocer esos detalles sutiles y fugaces agazapados tras la coraza del maestro como una señal de peligro que el futuro me acabaría mostrando. No vi las señales porque entonces todo era luz, risa, juego y descubrimiento y cada día, un estallido novedoso que convertía mi rutina en una aventura. Mi maestro ahora era un dios y un hacedor que cada día apreciaba más y me trataba de igual a igual, haciéndome sentir valioso y necesario en un navío que solo era nuestro. La secuencia de mi biografía era tan previsible como la del resto de jóvenes de mi generación. Acabé el

bachillerato en los Jesuitas, empecé mis estudios de periodismo en Madrid y volvía a Terrasalada muy de cuando en cuando para visitar a la familia. Mi amigo Luis se matriculó en Valencia, quería ser arquitecto, pero nunca acabó los estudios, circunstancia incompatible con su espíritu reivindicativo y alborotador. Del resto, fui perdiendo el rastro poco a poco, a todos nos ocurría lo mismo, nos reconocíamos por la calle y, aunque coincidíamos de vez en cuando, éramos conscientes de que estábamos cambiando de tribu y que cada viaje tenía un destino diferente. Yo pasaba las vacaciones de verano en casa, aun vivían mis padres y los visitaba con el esfuerzo de las ofrendas. Cuando dejaba la autovía y entraba al pueblo por la ronda norte estaba anocheciendo y el cielo se encendía con rojos y naranjas únicos en el universo y me invadía una melancolía inexplicable. Estaba contento de llegar a casa porque ver a mi madre era una fiesta y su caminar lento, sus manos reposadas y su alegría al verme, era como una brújula para el alma del urbanita idiota en que me estaba convirtiendo. Sin embargo, a veces, tenía que detener el coche en el descampado de la cooperativa a la entrada del pueblo durante un rato porque no podía evitar un ahogo desconocido que deambulaba desorientado por mi interior y quería decirme algo que no conseguía descifrar. El caso es que deseaba encontrarme con los amigos nada más llegar porque ellos, como yo, también regresaban de vez en cuando. Algunos navegaban en viaje de ida, otros en viaje de vuelta y nos encontrábamos en los billares del pub Hawai o en el bar de Rufino que ahora regentaba su hija y disputábamos la partida de billar en el claroscuro del pequeño reservado del fondo donde renovábamos nuestra pertenencia a ese espacio y a ese grupo sin más lealtad que la infancia. Cuando llegó el día en que decidí estudiar periodismo, le pedí a don Torcuato que atemperara las reticencias de mis padres, sobre todo las de mi madre, que estaba convencida de que me había criado para más alta empresa y que sus esfuerzos merecían más recompensa que tener un hijo plumilla de periódicos que nadie leería jamás en Terrasalada. El último año de bachillerato intentó convencerme de que estudiase medicina o me hiciera abogado, cosas útiles e importantes, como el médico don Cosme, que era la persona más respetada y querida de Terrasalada junto con el cura. Por supuesto, esto último estaba descartado. Mi madre se hacía mayor y el mundo se le estaba quedando grande. Un médico en la familia le daba seguridad y alivio. Yo era su único hijo y el miedo al abandono se le notaba cada vez más, las despedidas eran más difíciles y trataba de convencerme de que me olvidase de Madrid y de ser periodista. Que Alicante estaba más cerca para todos y para todo, me repetía, sobre todo para ella y para mi padre, que había envejecido más deprisa por el

cansancio, que por los años. Aprendí entonces que las madres nunca se resignan ni se dan por vencidas.

Un día, se plantó delante de Torcuato buscando su complicidad.

- Por favor don Torcuato, que a usted lo respeta.
- Es mejor dejarlo que estudie lo que le gusta.
- ¡Ningún hombre sabe lo que quiere con 17 años!
- Créame, Miguel sabe perfectamente lo que quiere.
- ¿Pero de qué va a vivir con ese oficio?

Así discurrió más o menos la conversación entre ambos, conversación que solo puedo imaginar porque mi madre me ocultó que el maestro había ido a verla para convencerla de que respetara mi deseo de ser periodista y don Torcuato no quiso darme detalles del encuentro. Mi padre se mantuvo al margen, como casi siempre y eso ya era mucho, porque no interferir era su manera de respetarme. En su caso, el silencio siempre significaba asentimiento. Y así fue como me salí con la mía, aunque confieso que no pasa ni un solo día que no me acuerde de lo sabia que era mi madre.

Yo tenía esa deuda con don Torcuato, pero esa no era la razón por la que lo visitaba cada vez que volvía a Terrasalada. No era el único alumno que lo hacía, pero sin duda, el que más lo frecuentaba en la casa en la que se había refugiado tras su jubilación. De aquellos encuentros referiré dos antes de dar paso otras voces que puedan continuar con el relato de una vida de la que solo soy testigo a medias. En esas tardes, el maestro apuntalaba mis recuerdos entre las sombras de las que tanto le costaba salir y fui testigo de palabras que elegía con cuidado y lo reconfortaban como si el tiempo de siembra estuviera dando al fin los frutos y se sintiera orgulloso de la cosecha. Dos tardes son la elección tardía que requiere mi crónica.

Dos tardes.

Con fecha 22 de Noviembre del año 1992 firmé la carta dirigida al alcalde del Ayuntamiento de Villa del Páramo en la que detallé los motivos de la misma, comuniqué que había muerto un vecino de nombre Torcuato Carpio, maestro de profesión, que había ejercido en Terrasalada durante treinta y cuatro años y que al parecer era natural de ese municipio, por si pudiera facilitar información o señas de familiares cercanos para comunicarles el luctuoso suceso y hacerles llegar sus pertenencias. A estos datos, añadí que, según nuestros conocimientos, abandonó el pueblo a los doce años y lo internaron en Segovia para cursar el

bachillerato. Lo aderecé con algo de prosa que restase frío al encargo y me recreé en contar, a quien fuera el destinatario, el aprecio y respeto que se le tenía al maestro en Terrasalada. Di cuenta en la misiva del inventario humilde de su vida, posesiones de valor limitado pero entrañables, libros, cuadernos manuscritos y otras pertenencias personales cuyo deterioro advertí que era imparable. Y terminé la carta sin saber muy bien cómo despedirla pues no imaginaba quién pudiera estar al otro lado de mis palabras: “don Torcuato jamás nos ha hablado de pariente alguno al que dirigirnos llegado el caso. Entienda que somos gente prudente y la prudencia nos impide hurgar en los silencios de nadie.”

Atentamente Miguel Fuster.

No encuentro otra manera de hacer lo que Luis me ha pedido y mantengo la esperanza de que aparezca algún familiar, por lejano que sea, atraído por la curiosidad de hacerse con sus pertenencias que me libere del encargo de mi amigo al que sé que estoy abocado a ayudar. Pero miento, porque no es la prudencia, sino el miedo a formular preguntas, lo que me ha paralizado incluso en los momentos más íntimos que he compartido con mi maestro. ¿Qué puedo preguntarle a un hombre cuya mirada se vuelve triste y devastada cada vez que asoma un fugaz recuerdo del pasado? Hay pozos en la mirada de los hombres que son abismos y los abismos exigen coraje. En Terrasalada nadie se atreve. Durante los años en que convivió con nosotros, don Torcuato forjó un pacto implícito de respeto y extrañamiento. Era un austero norteño al que le costaba aceptar la ligereza levantina y se estableció en el pueblo a finales de los cuarenta, sin familia ni antecedentes. Ese estigma lo situó en los márgenes de cualquier círculo social de ese pequeño pueblo provinciano. Lo trataron con respeto, como al brujo de la tribu, con reverencia y distancia, porque saben que el brujo vigila, pero nunca baila. Con él, era difícil aventurar más allá de ese preciso instante de la conversación (siempre llegaba ese momento), en que bajaba la cabeza, cerraba los ojos como quien cierra los ventanales de la hacienda y te exige que comprendas que el encuentro ha finalizado.

Quien no ha visto llover en Terrasalada no ha visto llover de veras, contaba el padre de Antoñita a sus nietos mil años después. Dos días después de cumplir diez años, empezó a llover tan intensamente que los caminos de la parte alta del pueblo se convirtieron en pedregales y toneladas de cañizos taponaron los ojos del puente de San Antonio. El barranco de Loderas escupió con furia toneladas de piedra y agua y derribó la pasarela que conectaba las dos orillas

del barrio bajo. El agua saltó furiosa y se llevó también por delante lo poco que quedaba de la vieja muralla. Sin brújula y sin perímetros a los que obedecer, el barranco escogió sus atajos milenarios y remolinos furiosos anegaron calles y campos. Percibí el temor de los adultos y el aire olía a metal, olía raro, como a sábana limpia. Los hombres fueron a buscarnos a la escuela, gritaban, nos trasladan su miedo y nos tomaron en brazos para aligerar el paso. Cuando salió don Torcuato, un palmo de agua ya había entrado al vestíbulo, un agua sucia, de color chocolate en la que flotaban briznas de hierba, raíces y cagarrutas de las cabras del tío Ginés, que a esas horas aún andaba por la sierra con las cabras sin estabular. Por la noche siguió lloviendo a mares y los hombres vigilaron la rambla que cada hora aumentaba de caudal. Mi madre me acostó en un viejo camastro que teníamos en el desván. Despejó los trastos que tenía encima, me acostó, me tapó con una manta, me dio un beso, dos palmadas en la mejilla y me dijo que me durmiera. Tenía prisa por dejarme allí, a salvo y volver a la planta baja en donde mi padre estaba achicando el agua. Para las madres no existen las catástrofes hasta que no se duermen sus hijos, sin embargo, la oscuridad era una pesadilla llena gritos, voces de alarma de vecinos que se llamaban angustiados unos a otros, me asustaban los golpes secos en las paredes, el rodar de piedras y los estampidos de luz y truenos que hacían vibrar el aire como si fuera sólido. Así estuvo toda la tarde del jueves, toda la noche y todo el día siguiente. Al anochecer del viernes cesó el estrépito pero se hizo un silencio que daba más miedo. El sábado apuntó el sol tímido, frío, como asustado, tras el último nubarrón morado. Como si supiera que tenía mucha desgracia que iluminar. El agua anegaba el horizonte mirases adonde mirases, éramos apariciones fantasmales flotando en una laguna turbia que requería drenaje para que no se ahogase la tierra. Las casas de la parte sur de Terrasalada quedaron aisladas tres días porque el barranco había dejado toneladas de piedra en la carretera y era imposible cruzar al otro lado hasta que llegase el ejército con una pala excavadora y camionetas remolques. La peor parte se la llevaron las familias del barrio de las Veredas que lo había perdido todo. La fuerza del agua había derribado las puertas, había atravesado almacenes y había ahogado gran parte de los rebaños estabulados. Al tío Ginés se le ahogaron trece de sus treinta y dos cabras y a él casi se lo lleva por delante el agua al cruzar el Arroyo Chico cuando un golpe repentino con cientos de piedras que bajaban entre remolinos turbios y estrepitosos lo atropelló y tuvo el tiempo justo de salvar el pellejo y escapar de ese revoltijo inesperado que era como una hemorragia violenta y mortal. Su perro intentó seguirlo pero fue obediente y atendió el grito desgarrado que le ordenó quedarse quieto en la otra orilla. Al día siguiente, volvió a buscarlo con un nudo en el

alma y un cabo del ejército que lo acompañó, por si acaso, y le ayudó a bajarlo de la higuera a la que se había subido esperando a su amo. El pobre animal tiritaba de frío, tenía el pelo cuajado de barro y, en sus ojos, no cabía más pánico. Cuando el tío Ginés lo cogió en brazos no se distinguía el llanto de cada uno de ellos. Eso contaba el militar testigo.

El padre de Antoñita aun temblaba a pesar de los años transcurridos cuando recordaba esos días en los que su familia salió tan mal parada. La pared norte de la vivienda que lindaba con el cauce del barranco no resistió. El torrente se lo llevó todo, borró la casa y salvaron la vida de milagro porque oyeron el estrépito de las piedras y sintieron un temblor bajo sus pies que confundieron con un terremoto. Apenas tuvieron tiempo de salir corriendo y refugiarse en la loma donde vieron desmoronarse los muros de la cocina primero, y acto seguido, los corrales, los dormitorios y la boca del pozo. El agua entró con rabia por las puertas y las ventanas y la derrumbó tras más de ochenta años en pie. El padre, la madre y los dos hijos pequeños se marcharon con unos familiares que vivían en el extrarradio de la ciudad y los refugiaron en las literas de uno de los tres cuartuchos del piso y, aunque Antoñita nos dijo que era una solución provisional, ya nunca más volvieron a la escuela de Terrasalada.

Tras la catástrofe el ánimo de las gentes se oscureció y los cuerpos caminaban encogidos por la impotencia. Todos sabíamos que los cauces tienen memoria milenaria y que algunas ramblas solo son invisibles para quien no quiere verlas, sabíamos que el agua es traicionera y que su calendario no tiene fechas, sabíamos que es juguetona y cruel, que te mata de sed o te ahoga. Pero ¿de qué servía saber en Terrasalada, donde la fe en la oración tenía más poder que la ciencia? Estuvimos dos semanas sin escuela y la rutina no volvió a nuestras vidas hasta mucho tiempo después. Esperamos a que bajase el agua como Noé esperó en el arca, con cuidado de no acercarnos a las charcas insalubres en las que empezó pudrirse el limo donde eclosionaron millones de mosquitos que extendieron el miedo al tifus, aunque el olor fétido de los despojos animales nos alejaron sin necesidad de que nos advirtieran. Las brigadas que mandó el gobierno limpiaron el barro de la escuela a base de manguerazos y cubas de agua y el sol oreó el interior durante unas semanas para eliminar la humedad primera, porque en el tuétano de los muebles y de los muros se quedó otra blandura fría que tardaría meses en desaparecer. Los niños dejamos de oler a sudor y leche agria y por mucho que nos refregaron nuestras madres empezamos a oler a moho, a bosque y a niebla, un olor inusual y desagradable en esta tierra de sequía, esparto, jara y piedras desolladas. Aprendí para siempre todo lo que había que saber sobre el complejo modo de relacionarnos con el agua en Terrasalada. Hubo

más riadas, por supuesto y hubo más daño, y cada vez los temporales fueron más frecuentes, pero aquel fue mi primer recuento de víctimas, mi primera noche oscura, la primera vez que olí el miedo y vi la angustia en el rostro de mi padre. Tenía diez años recién cumplidos y el seis de octubre de 1970 fue mi primer aprendizaje sobre las tragedias.

Porque hubo otras.

El cuerpo del herrero no apareció nunca. Cuando encontraron su coche volcado y vacío a la salida del matadero, el salpicadero estaba oculto por un montón de despojos de apariencia inquietante. Al principio pensaron que aquellas masas biológicas eran parte de su cuerpo desmembrado pero sólo eran restos de animales sacrificados en el matadero arrastrados por el agua. Un hálito de esperanza enmascaró una búsqueda que pronto fue premonitoria. Según el informe policial, el herrero se arriesgó a volver a su casa cuando ya se había desatado el cielo y lo hizo por el peor atajo posible, la hondonada del polígono. La búsqueda del cuerpo duró meses porque siempre duele más la ausencia de cadáver que la muerte misma: vaciaron las acequias, revisaron los entubamientos de los azarbes, apartaron ramajes y revisaron las motas del río por si estaba enredado en algún grumo vegetal. Los guardias fluviales vigilaron la desembocadura del río durante semanas hasta que las aguas bajaron de nivel y prolongaron la vigilancia hasta que llegó el verano por si sus restos aparecían bajo el cieno. Revisaron los numerosos restos óseos que fueron apareciendo pero ninguno era humano, pertenecían a cientos de animales víctimas de la riada o de cachorros de camadas domésticas de las que se deshacían los huertanos lanzándolas en sacos a las tandas de riego. El herrero nunca apareció y su hijo Manuel dejó la escuela. Don Torcuato intentó convencer a su madre de que el niño era muy pequeño para meterlo en la herrería a forjar barandas. “Ya no estamos en tiempos de niños yunteros” le espetó en su casa adonde acudió para rogarle una prórroga para Manuel, que merecía un poco de aliento todavía, un poco de esperanza, algo de tiempo para jugar y crecer junto a otros niños. Pero don Torcuato no consiguió nada. La viuda no podía domar sola tanto duelo y necesitaba que el chico ayudara al hermano mayor, que llevaba dos años aprendiendo el oficio en la herrería. Impasible al ruego del maestro, se declaró dueña del destino de sus hijos y amablemente lo invitó a meterse en sus asuntos. Aquella inundación dejó en la escuela dos pupitres vacíos. La familia de Antoñita se quedó en la ciudad para siempre y Manuel nunca mas volvió.

Cuando me dispuse a ocupar la mesa de Manuel que había quedado libre junto a la ventana, don Torcuato estalló.

—¡Ni se te ocurra!—gritó señalándome con el dedo pero dejando claro que la advertencia era general.

En ese momento no entendí la causa de semejante enfado porque solo quería aprovechar la ausencia definitiva de Manuel para disfrutar del privilegio de sentarme en el pupitre del ventanal que todos los alumnos deseábamos porque permitía distraer la mirada y aliviar el sopor del aula. El maestro no nos dejó ocupar el pupitre de Manuel ni el de Antoñita, que durante todo el curso permanecieron vacíos en homenaje a su memoria. Aunque sabíamos que no volverían, hicimos como que su ausencia era circunstancial, a causa de un contratiempo, un resfriado, o un castigo, porque a pesar de toda la zozobra de aquellos días en que vivimos aturridos por los efectos de la inundación, nosotros sólo éramos niños felices a los que habían concedido unos inesperados días de vacaciones que aprovechamos lejos de la vigilancia de los mayores, muy ajetreados barriendo barro y secando lágrimas. Esos días fuimos niños sin ataduras chapoteando en lodazales, aprendiendo de la bravura del río, de las señales del cielo, del vuelo de los pájaros y a clasificar a los adultos según se comportaban, para saber a quién queríamos parecernos cuando llegase el momento.

— Hay que poner orden en todos estos libros y organizar estas carpetas— dice Luis cuando me lleva al cuartucho adonde están amontonadas unas diez cajas — Si no te pones a ello lo antes posible, los bichos se lo comerán todo.

El cuartucho está en un edificio anexo en la pared trasera del Ayuntamiento. Hemos quedado a las nueve de la mañana pero Luis llega una hora tarde. Se disculpa y no se lo tengo en cuenta. Los alcaldes siempre llegan tarde a la cita con sus amigos.

—Ya no tengo tiempo para esperar a que alguien conteste a esa carta que mandaste a Villa del Páramo—me dice señalando los bultos apilados contra la pared—a saber dónde está la carta, si ha llegado al Ayuntamiento o si algún inútil la ha tirado cuando la ha leído.

— Ya te dije que no te hicieras muchas ilusiones, pero vamos, lo de tirarla...no creo.

— Bueno—contesta— lo hemos intentado, pero no me fío.

—Si tú lo dices...

—Conozco algunos que son capaces de tirar una carta para ahorrarse el esfuerzo de leerla—dice mientras coloca la mano sobre una columna de cajas precintadas—. No me tires de la lengua.

No le digo nada pero conservo copia de la carta enviada a Villa del Páramo. Durante los primeros meses, albergué la esperanza de que alguien al otro lado me respondiera, aunque fuera por cortesía, para confirmar que no sabía de quién le hablaba. Sin embargo, pasó el tiempo, no hubo respuesta y las cajas que contenían las pertenencias de don Torcuato comenzaron a pudrirse, así es que me fui olvidando de la misiva.

En el almacén huele a humedad y no hay ventilación. Está lleno de documentos, legajos, carpetas y expedientes municipales caducados y apilados sobre estantes metálicos con las patas oxidadas. Huele un poco a cadáver. Por lo que veo, Luis mantiene intactas sus intenciones y me sorprende la convicción con la que sueña su proyecto de edificar una biblioteca en Terrasalada.

— Me fascina tu preocupación por las cosas del maestro—digo—tú que solo ibas a la escuela apaleado.

— Ya ves—contesta burlándose de mí como si ayer mismo hubiéramos ido a medirnos la meada y nuestra complicidad resistiera sin fisuras— lo mejor para redimir a un sinvergüenza como yo es hacerlo alcalde.

No conozco a nadie con tanto arte para reírse de sí mismo. Ese es parte del atractivo de ciertas personas, su capacidad para impedir que el drama se apodere de sus vidas y los desvelos deambulen sin ataduras por su alma. Y Luis es de esos. Esa virtud lo ha convertido en alcalde. A casi todo el mundo le gusta codearse con la alegría, o al menos, con el optimismo. Reconozco en su su tozudez la energía indómita que derrocha desde niño. Las cajas están precintadas y sobre ellas alguien ha escrito con un grueso rotulador negro, “cosas de don Torcuato”. Tengo un mes de vacaciones y le prometo que antes de volver a la universidad, echaré un vistazo.

—Quiero un inventario de todo el material. Hay que hacer las cosas bien.

Lo miro y comprende que se está pasando.

—Por favor—suplica de broma. Me da una palmada en el hombro para que no me enfade y luego junta sus manos pidiéndome perdón— soy listo, pero no tanto.

—Lo siento, Luis, aquí hay mucha tela y no tengo tanto tiempo. Haré lo que pueda en un mes. Te concedo un mes. Luego, me marcho.

—Está bien, perdona, soy un abusón. Mira a ver qué encuentras que pueda enseñarse en una vitrina. Ya nos ocuparemos del resto.

Antes de despedirse me entrega una llave pequeña para que disponga de libre acceso al almacén y, al día siguiente, a las nueve de la mañana, comienzo a desprecintar las cajas. Abro cada una de ellas como si levantara caparazones de tortugas muertas, con cuidado y asco por

los bichitos emboscados en el cartonaje y al cabo de una semana termino de inventariar un total de seiscientos cuarenta y dos ejemplares atesorados por el maestro con cariño y tiempo. Los reviso uno a uno y compruebo que al menos treinta y dos han sido restaurados de sus heridas. Sobre todo, los ejemplares de las primeras ediciones de Losada, ese refugio editorial que fundó Arnaldo Orfila, gracias al cual tantos intelectuales, poetas y novelistas españoles que la dictadura quiso silenciar, pudieron ver la luz y vencer las sombras. Deduzco que, en algún momento, las páginas se desprendieron y no resistieron la frágil encuadernación y la reiteradas lecturas a las que el maestro debió someter esos pequeños ejemplares que ahora son un descubrimiento, un regalo para mis ojos. En esas cajas dormían auténticos tesoros a la espera de ser rescatados. Me sorprende acariciando lomos de libros como si fueran gatitos. Reconozco que me entretuve en la tarea más de lo necesario. Sin darme cuenta, pasé todo el mes de vacaciones reparando lomos despegados, revisando páginas amarillentas de pequeños ejemplares que olían a leña y cuero, a tarde lluviosa, a memoria y duelo, o descifrando anotaciones al margen, comentarios, impresiones y disputas que el maestro mantenía con el texto; anotaciones escritas con lápiz y minúscula y caligrafía variable según el estado de ánimo al que le abocara la lectura, comentarios que siempre eran diálogos íntimos y anónimos entre el lector y el libro. ¡Cuánto hablan los libros de sus dueños, cuánto nos enseñan sobre sus lectores! Si supiéramos cómo nos leen los libros y cuánto saben de nosotros, mandaríamos quemar nuestras bibliotecas. Caja tras caja, van apareciendo tesoros inesperados: la primera edición en español de *Cien Años de Soledad* de 1967, y otra de 1977 del Círculo de lectores editada en Barcelona, las *Poesías Completas* de Federico García Lorca publicadas por la editorial Aguilar en 1954 y otra en dos volúmenes de la misma editorial de 1974, la obra completa de Antonio Machado en diferentes ediciones y dos antologías poéticas de Miguel Hernández, tres poetas del sacrificio cuyos tomos estaban agrupados en una caja junto a los cuadernos personales del maestro y una primera edición de *Ficciones* del año 1944, de Jorge Luis Borges que llevaba un exlibris de Sevilla Hic et Nunc Co. Clavijo que no me dice nada y que me hace pensar que ha sido adquirido en alguna librería de viejo. Sin embargo, el ejemplar de la revista *Sur*, publicado en 1939 donde aparece por primera vez el relato de Borges *Pierre Menard autor del Quijote*, está en otra caja junto a una *Antología Poética* de Vicente Alexandre, otra de Juan Ramón Jiménez y el *Martín Fierro* de José Hernández.

Pero el hallazgo más extraño me espera al final y es fruto de un descuido. Junto a la revista *Sur* encuentro un ejemplar facsímil de la revista *Gallo Crisis* del año 1973 a cargo de José

Muñoz Garrigós cuyas reseñas son bien conocidas en la cercana Orihuela. Al coger la revista en busca de la firma del poeta Miguel Hernández y a pesar del cuidado que pongo al abrir el ejemplar, un puñado de hojas caen al suelo despeñadas por el deterioro de las grapas y de la encuadernación y, al recogerlas, una fotografía me llama la atención, aunque al principio no la reconozco y tardo unos segundos en darme cuenta de que esa imagen de claroscuros siniestros me es familiar, porque es la impactante fotografía de Yosuke Yamahata, de la sombra en la escalinata del banco Sumitomo tras la explosión nuclear en Hiroshima que don Torcuato trajo a clase un día que quiso hablarnos de la luz, pero en realidad, nos habló del olvido. Quedé tan impresionado por su relato, que cuando llegué a casa le dije a mi madre que el maestro nos había contado que había estallado una bomba tan potente que licuaba a la gente sin dejar rastro de sus ropas ni de sus huesos, que solo quedaba su sombra y que nos había enseñado la foto de una revista en la que se veía la de uno de esos hombres fundido en una escalinata. Mi madre me preguntó alarmada que dónde habían tirado esa bomba y yo le contesté que en Japón, pero entonces pareció tranquilizarse y me dijo “ah, bueno, de eso hace mucho tiempo” y siguió apilando troncos en la chimenea para encender el fuego de la tarde. Como en ese momento me dio la espalda y ya no mostró interés por aquello que tanto me espantaba, me enfadé un poco y ya no le conté que el maestro nos había dicho que esa foto era la prueba de que nadie desaparece del todo, porque estamos hechos de átomos tan pequeñitos que son invisibles y eternos, que solo cambian de posición o se disuelven en otra cosa y que siempre dejan un rastro de sombra allá donde estemos aunque no seamos capaces de verla. No le conté que don Torcuato se acercó a la mesa vacía de Manuel y de Antoñita, igual que más adelante se acercaría a los pupitres vacíos con otras ausencias y nos pidió que imagináramos las sombras de esos compañeros que ya no estaban, como si siguieran con nosotros en una suerte de impregnación atómica disparatada y nos aseguró que, si nos fijábamos bien, podríamos verlos, porque su sombra se había tatuado en nosotros y a eso lo llamamos memoria; y que quedarse en la memoria de alguien era otra manera de seguir vivo y que, por eso, era mejor no ocupar los espacios de Manuel y de Antoñita, para que sus sombras siguieran con nosotros sin importar dónde estuvieran sus cuerpos, que aquellas sillas vacías eran su luz impresa y nos recordaban los buenos chicos que eran.

Con el paso de los días y la concienzuda tarea en la que me aplico, voy comprobando que lo que esas cajas custodian es mucho más que la biblioteca de mi maestro, es la historia de una generación devastada, una historia de tinieblas que desespera por iluminarse. En la caja

más grande, que pesa unos cincuenta kilos según afirma el trabajador que me ayuda a desplazarla hasta un mostrador metálico que me sirve de mesa de trabajo, se amontonan desordenados materiales didácticos de los años cincuenta y sesenta, así como varios cuadernos manuscritos que reservo hasta que tenga tiempo de prestarles atención. Durante unos días intento descifrar cinco pequeñas libretas llenas de anotaciones que parecen reflexiones o apuntes sobre métodos de enseñanza, pero no tengo paciencia ni tiempo para conectar tanta frase suelta, sin contexto ni sentido, cosa que me desalienta. Acaba el verano y se agota mi tiempo, porque debo regresar a Madrid, donde tengo compromisos ineludibles que se supone, mejorarán mi currículum y mi prestigio en el departamento de Teoría y Análisis de la Comunicación, cuyo director me dejó encomendada la planificación de horarios y el diagnóstico de las necesidades lectivas para los nuevos profesores asociados. Es la primera vez que me ofrecen la responsabilidad de contratar entre una mayoría de doctorandos, sometidos a esa cruel servidumbre académica que nos somete y nos obliga a citar y parafrasear libros de otros y a escribir cientos de notas a pie de página que nadie lee y solo a nosotros nos importan. Pero esa es otra historia para la que no tengo tiempo ni tampoco escapatoria.

Dos semanas después del enfrentamiento entre Torcuato y doña Paula, los gemelos Ernestito y Fernandito dejaron de venir a la escuela y sus padres los matricularon en los Jesuitas, el mejor colegio de pago de la ciudad, adonde mandaban sus hijos las mejores familias y las que aspiraban a parecerse a ellas. Cada mañana su padre los llevaba en su Simca 1000 cinco plazas que mi padre llamaba “el filete del pobre” porque era para muchos y correoso. Me hacía gracia esa mordacidad de mi padre, hermana de la envidia, que lo reconfortaba de la herrumbra de su casta. En Terrasalada, la mayoría, ni siquiera tenía vespa, pero la burla aliviaba la desdicha cuando veían al panadero pasearse con su auto por las calles sin salir del pueblo mientras tocaba el claxon para que se apartase la gente aunque no hubiera nadie a quien apartar. Los esperábamos junto a la carretera, hasta que los gemelos bajaban del coche con sus uniformes azul marino, sus carteras de piel y la raya del peinado tan imaculada, tan centrada y lustrosa como por la mañana; y aunque los primeros meses siguieron compartiendo juegos con nosotros, al cabo del tiempo, los fuimos perdiendo de vista.

Poco a poco dejaron de acudir a la plaza, y si lo hacían, fuimos advirtiéndolo que un muro se levantaba entre ellos y nosotros. Los gemelos cambiaron de amigos y dejamos de

interesarles. Fue difícil saber cuando ocurrió exactamente porque estas cosas no pasan de repente, sino sutilmente, con ausencias de última hora y miradas huidizas de desprecio cuando proponíamos, por ejemplo, ir a la charca a matar sapos y se excusaban con los deberes. La tarde que Ernestito se rompió la pierna al bajar por el risco de San Cristóbal fue la última que jugó con nosotros. Lo llevaron al hospital y luego se encerró para un largo reposo.

Cuando dejamos de compartir el aula también dejamos de compartir la vida. En el aula quedaron otras dos sillas vacías. Don Torcuato no se molestó en apartar sus pupitres, dejó el hueco a la espera de un retorno que no se produjo, como ya hizo con Manuel y Antoñita, pero esta vez era diferente, como si quisiera recordarse a sí mismo la causa lacerante de esa ausencia y alimentar el rencor que brotaba de su orgullo malherido. Pero esos dos vacíos, tristemente, tampoco serían los últimos».

6. Conclusiones y Prospectiva

6.1 Conclusiones

El proyecto de narración presentado en este Trabajo Fin de Máster quiere ser un acto de resistencia y reivindicación de la memoria abordando las vidas de aquellos que sufrieron las consecuencias de la represión política y el silencio civil. El objetivo general de hibridar docuficción, posmemoria y novela de formación se ha materializado en una narración que desafía las fronteras entre lo real y lo imaginado, permitiendo que la verdad histórica y la verdad literaria dialoguen en un espacio común. A través de la figura del maestro y su alumno, la obra ha explorado el legado de la memoria en la relación educativa mostrando cómo el aprendizaje trasciende lo académico para convertirse en una transmisión ética y vital. La investigación y documentación de anécdotas históricas y literarias —como las vivencias de Antonio Machado en Segovia y el Congreso de escritores en Valencia— han buscado dotar al relato de una textura rica y verosímil, donde la historia se entrelaza con la ficción para ofrecer una visión poliédrica de la realidad. Mediante la relación entre los personajes de don Torcuato y Miguel se ha explorado también la importancia de recordar y dar voz a las víctimas de un pasado doloroso, contribuyendo así a la construcción de una memoria colectiva que no debe ser olvidada a pesar de los intentos continuados por silenciarla. Somos conscientes de que, a menudo, las narrativas oficiales contaminan la subjetividad individual y acusan parcialidad o sesgos interesados que solo pueden superarse gracias a la ficción. Nada hay entonces más verdadero. Así, la docuficción se confirma como un subgénero capaz de dar voz y dignidad a quienes nunca figuraron en los listados oficiales; y la posmemoria se revela como una herramienta poderosa para que las nuevas generaciones asuman la responsabilidad de recordar y reinterpretar el pasado.

Por otro lado, se ha utilizado la ficción para poner de manifiesto la realidad de la España vaciada y la desolación de las áreas rurales, contrastándola con la vitalidad de las orillas mediterráneas. La utilización de la docuficción y la novela de formación ha permitido también la construcción de identidades de zonas rurales, identidades personales y colectivas que nos garanticen una visión más completa de la historia. A través de los personajes segovianos se ha evidenciado la pérdida de legado generacional, la necesidad de rescatar las voces de aquellos que habitan en los márgenes de la historiografía y la urgencia de preservar su memoria. La ficción se ha adentrado en los paisajes de la España vaciada, ese territorio simbólico donde la

desaparición física de los pueblos se funde con la erosión de la memoria colectiva. Al recuperar la oralidad, las leyendas y los romances que atraviesan las generaciones de los últimos siglos, la obra reivindica la importancia de las pequeñas historias, de los gestos cotidianos y de las vidas anónimas que, lejos de los grandes relatos heroicos, son la urdimbre que nos explica culturalmente.

La estrategia narrativa adoptada, basada en el “pacto de ambigüedad”, ha permitido construir una obra que no pretende ofrecer certezas absolutas, sino invitar al lector a navegar en la complejidad de los matices, a cuestionar la naturaleza de la verdad y a reconocer la riqueza de la subjetividad. La novela de formación, por su parte, ha proporcionado la estructura idónea para mostrar la evolución personal y moral de los personajes, subrayando la importancia de la educación, la transmisión del legado y la búsqueda de sentido en tiempos de incertidumbre. La evolución de Miguel Fuster, desde su infancia hasta el adulto comprometido con la búsqueda de la verdad sobre su maestro, simboliza el viaje de autoconocimiento y la responsabilidad que recae en las nuevas generaciones. Este proceso de transformación refleja la importancia de la educación y la mentoría en la formación de individuos conscientes de su historia y su identidad.

Por tanto, La ficción, en general, y todas las estrategias narratológicas utilizadas, en particular, nos han permitido desarrollar un proyecto para dar voz a los que no la tuvieron, reconstruir mundos invisibilizados y crear personajes que actúan como símbolos intergeneracionales que ayuden a interpretar el presente. Son símbolos imprescindibles porque acrecientan el acervo identitario que nos explica como pueblo y nos arroja culturalmente y en ese devenir que llamamos progreso.

6.2 Prospectiva

De cara al futuro, este trabajo abre varias líneas de desarrollo y reflexión. En primer lugar, la docuficción y la posmemoria seguirán consolidándose como espacios fértiles para la literatura contemporánea, especialmente en contextos donde la recuperación de la memoria histórica es una tarea pendiente. La exploración de nuevas estrategias narratológicas como la incorporación de testimonios orales, archivos digitales y recursos multimedia, puede enriquecer aún más la verosimilitud y la complejidad de las obras de este tipo.

Además, la obra plantea la necesidad de seguir investigando la relación entre literatura y espacio geográfico, especialmente en lo que respecta a la España vaciada y los territorios que sufren procesos de despoblación y pérdida de identidad. La literatura puede y debe desempeñar un papel activo en la revitalización de estos espacios, no solo como escenario, sino como protagonista de la memoria colectiva y la resistencia cultural. El enfoque intergeneracional propuesto en este TFM invita a futuros creadores e investigadores a profundizar en las formas de transmisión de la memoria y el legado explorando la potencialidad de la novela de formación y la docuficción para dialogar con las nuevas generaciones y mantener viva la llama de la memoria, la justicia y la dignidad. En este sentido, se puede plantear la posibilidad de desarrollar nuevas narrativas que sigan explorando la relación entre la historia y la ficción, especialmente en el contexto de la España vaciada, porque entendemos que la literatura puede seguir siendo un vehículo para la reflexión crítica sobre el pasado y su influencia en el presente. Sería de sumo interés y actualidad, la puesta en marcha de iniciativas que rescatasen los relatos orales, así como la creación de espacios para el intercambio de los mismos con el fin de preservarlos como legado inmaterial.

Las redes sociales y los nuevos formatos de comunicación digital suponen una transformación radical, tanto en los mecanismos tecnológicos de transmisión de la información, como en los nuevos paradigmas informativos: creación sesgada de contenidos, marketing ideológico, orientación interesada de la conversación pública, monetización del discurso, etc. Así lo describe Yuval Noah Harari en su última obra, *Nexus* (2024), en la que, a través de un recorrido por la historia de la humanidad, reflexiona sobre los cambios que implementa el vertiginoso desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación y de qué manera radical están transformando nuestra cultura. En su obra, Harari nos advierte de los peligros que acarrea el control de la información por determinados oligarcas o instituciones y cómo la manipulación de las redes y la intromisión en la privacidad mediante el *Big Data* conducen a un escenario de democracias en peligro.

Por tanto, la reivindicación de la palabra y el encuentro personal, la desconexión digital, el reconocimiento del silencio, la vida rural como fortaleza y la recuperación de la narrativa oral son aspectos que pueden tratarse desde esta obra como recursos educativos en filosofía, literatura, ética o talleres literarios; porque el texto siempre es un pre-texto.

La ficción, en su esencia, es un espejo que refleja no solo los anhelos y temores de la humanidad, sino también las complejidades de nuestras interacciones sociales y culturales. Su

importancia educativa radica en su capacidad para fomentar la empatía, permitiendo a los lectores y espectadores experimentar vidas y realidades ajenas, lo que enriquece su comprensión del mundo. Mediante la narrativa se pueden abordar temas complejos como la justicia, la identidad, la moralidad y la diversidad, ofreciendo un espacio seguro para explorar dilemas éticos y emocionales. La ficción siempre es un reducto inspirador para el cambio, una anticipación crítica, pues al contar historias que resuenan con experiencias humanas universales, la ficción educa y fortalece el sentido de comunidad y pertenencia: porque la ficción siempre ha sido un regazo para los anhelos del espíritu, las reflexiones de la razón, las alertas de la tribu.

En definitiva, la ficción sigue siendo esa brújula que reorienta nuestras miradas extraviadas hacia el lugar adonde debemos dirigirnos si queremos alejarnos del precipicio.

Referencias bibliográficas

Accetto, C. (2024). *El Bildungsroman, un género en evolución: La novela de formación en la literatura española reciente* (Luis Landero, David Trueba, Marta Sanz y Aloma Rodríguez). (Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid).

Disponible en: https://repositorio.uam.es/bitstream/10486/716047/1/accetto_camilla.pdf

Alberca, M. (2007). *El pacto ambiguo. De la novela autobiográfica a la autoficción*. Editorial Biblioteca Nueva.

Disponible en: https://www.academia.edu/13178936/Alberca_el_pacto_ambiguo

Aristóteles. (1798) *La poética* (J. Goya y Muniain, Trad.). Universidad de Granada. (Obra original publicada siglo IV a. C.).

Disponible en: https://www.ugr.es/~encinas/Docencia/Aristoteles_Poetica.pdf

Atxaga, B. (2003). *El hijo del acordeonista*. Alfaguara.

Baroja, P. (2006). *El árbol de la ciencia*. Cátedra.

Beltrán, R. (2016). *Grilli y el abrazo crítico a los clásicos: de Tirant al Quijote*. En N. De Benedetto & E. Bou (Eds.), *Grilli in Catalogna* (pp. 7-26). Novecento e dintorni.

Disponible en: <https://roderic.uv.es/bitstreams/f0a476c0-21bd-4844-b835-50edb703528b/download>

Buenfil, C. V. (2012). *El Bildungsroman en las narradoras españolas de postguerra: 1940-1960* [Tesis Doctoral, Universidad autónoma de Madrid].

Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=41832>

Campbell, J. (2020). *El héroe de las mil caras* (C. Jiménez Arribas, Trad.). Ediciones Atalanta.

Cercas, J. (2002). *Soldados de Salamina*. Tusquets Editores.

Chacón, D. (2002). *La voz dormida*. Alfaguara.

Cuñado, I. (2012). Despertar tras la amnesia: guerra civil y postmemoria en la novela española del siglo XXI. *Dissidences*, 2(3).

Disponible en: <https://core.ac.uk/download/pdf/214025837.pdf>

Faber, S. (2015). Posmemorias españolas. *Puentes de crítica literaria y cultural*, 4, 44-51.

Disponible en: https://sebastiaanfaber.com/wp-content/uploads/2020/02/Postmemorias_Espanolas_Puentes_4_2015.pdf

Ferrero, J. (2003). *Las trece rosas*. Plaza & Janés.

Gallego, M. L. (2013). Bildungsroman: historias para crecer. *Tejuelo: Didáctica de la Lengua y la Literatura. Educación*, (18), 62-75.

Disponible en: https://dehesa.unex.es/bitstream/10662/4521/1/1988-8430_18_62.pdf

Genette, G. (1989). *Figuras III* (C. Fernández Prieto Trad.). Ediciones Cátedra.

Disponible en: <https://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/34775>

Genette, G. (1993): *Ficción y dicción*. Lumen.

Disponible en: <http://webs.ucm.es/info/guias/obras/discurso/Tema%206g.%20Estructuralismo.%20Ficcion%20y%20dicion%20Genette.pdf>

González Pieras, Á. (2021, 5 de septiembre). Antonio Machado en Segovia. *El Adelantado de Segovia*.

Disponible en: <https://eladelantado.com/segovia/machado-en-segovia/>

Grandes, A. (2010). *Inés y la alegría*. Tusquets Editores.

Harari, Y. N. (2024). *Nexus*. Debate.

Hirsch, M. (2018). Postmemoria: Conversaciones sobre derechos humanos y migraciones [Conferencia Universidad Santiago de Chile].

Disponible en: <https://uchile.cl/noticias/144024/marianne-hirsch-el-cuerpo-se-convierte-en-portador-de-la-memoria>

Jiménez Serrano, M. (2021). *Los nombres propios*. Sexto Piso.

Landero, L. (2002). *El guitarrista*. Tusquets.

Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios* (A. Torrent, Trad). Megazul-Endymion.

Disponible: <https://archive.org/details/PhilippeLejeune.ElPactoAutobiograficoYOtrosTextos>

López Mondéjar, L. (2024). *Sin relato: Atrofia de la capacidad narrativa y crisis de la subjetividad*. Anagrama.

Marías, J. (1992). *Corazón tan blanco*. Editorial Anagrama.

Marías, J. (2009). *Tu rostro mañana*. Alfaguara.

Marías, J. (2011). *Los enamoramientos*. Alfaguara.

Martínez Pisón, I. (2003). *El tiempo de las mujeres*. Anagrama.

Martínez Pisón, I. (2005). *Enterrar a los muertos*. Seix Barral.

Martínez Pisón, I. (2008). *Dientes de leche*. Seix Barral.

Méndez, A. (2004). *Los girasoles ciegos*. Anagrama.

Mendicutti, E. (1991). *El palomo cojo*. Tusquets.

Mendicutti, E. (1993). *Los novios búlgaros*. Tusquets.

Muñoz Molina, A. (1986). *Beatus Ille*. Seix Barral.

Muñoz Molina, A. (1991). *El jinete polaco*. Planeta.

Neuman, A. (2025). *Hasta que empieza a brillar*. Alfaguara. [Breve nota del autor].

Perassi, E., & Trecca, S. (2019). "Introducción". En S. Trecca (Coord.) Los escenarios de la postmemoria en el teatro hispánico último (2000-2018). Orillas. *Rivista d'Ispanistica*, (8), 387-406.

Disponible en: <https://www.orillas.net/orillas/index.php/orillas/article/view/200>

Pérez Moreda, V. P. (2016). Ángel García Sanz, historiador de Segovia y de la economía castellana. *Estudios Segovianos*, 58 (115), 59-67.

Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5880469>

Pombo, Á. (1986). *Los delitos insignificantes*. Anagrama.

Pombo, Á. (2005). *Contra natura*. Anagrama.

Prado, B. (2006). *Mala gente que camina*. Alfaguara.

Prieto de Paula, Á. L. (s. f.). *Cronología de Antonio Machado*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Disponible en: https://www.cervantesvirtual.com/portales/antonio_machado/cronologia/

Romero Vaquero, A. (2020). Escrituras de la (pos)memoria: Inés y la alegría, de Almudena Grandes. *Cuadernos de Aleph*, 12, 192-210.

Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/7580530.pdf>

Ros Ferrer, V. (2020). La memoria de los otros. Relatos y resignificaciones de la Transición española en la novela actual. *Estudios Culturales Hispánicos*, págs. 229-237.

Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/9232852.pdf>

Rosa, I. (2004). *El vano ayer*. Seix Barral.

Rosa, I. (2006, 6 de julio). Empacho de memoria (artículo). *El País*.

Disponible en: https://elpais.com/diario/2006/07/06/opinion/1152136806_850215.html

Rosa, I.; Hafter, L. (2008). España de la rabia y de la idea. Contra un mañana efímero: Entrevista a Isaac Rosa. *Olivar*, 9 (11), 115-121. *En Memoria Académica*.

Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3351/pr.3351.pdf

Rubio, J. M. (2014). Autoficción y docuficción como propuestas de sentido. Razones culturales para la representación ambigua. *Castilla: estudios de literatura*, (5), 26-38. Ediciones Universidad de Valladolid.

Disponible en: <https://revistas.uva.es/index.php/castilla/article/view/1070>

Santamaría López, J. M. (1995). Memoria iconográfica de la Tertulia Segoviana de Antonio Machado. *Estudios Segovianos*, 36(93), 198-219.

Disponible en: [Estudios Segovianos. 1995, XXXVI, nº 93](#)

Sumalla Benito, A. (2012). *La novela de formación en la narrativa española contemporánea escrita por mujeres* [Tesis doctoral, Universidad de Barcelona] Repositorio Institucional UB].

Disponible en: https://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/46328/1/ASDB_TESIS.pdf

Trueba, D. (2008). *Saber perder*. Anagrama.

Tudela de la Orden, J. (1970). Segovia y Machado. *Estudios Segovianos*, XXII(65-66), 261-274

Disponible en: [Estudios Segovianos. 1970, XXII](#)

Valenzuela, J. (2002, 2 de noviembre). El despertar tras la amnesia. Babelia. *El País*.

Disponible en: https://elpais.com/diario/2002/11/02/babelia/1036197558_850215.html

Vila -Matas, E. (2003). *París no se acaba nunca*. Anagrama.

Vinyes, R. (2017). Citado en: Faber, S. (2015). Posmemorias españolas. *Puentes de crítica literaria y cultural*, 4, 44-51.

Disponible en: https://sebastiaanfaber.com/wp-content/uploads/2020/02/Postmemorias_Espanolas_Puentes_4_2015.pdf